

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXV

Nº7

JULIO - SEPTIEMBRE 2012



NUESTRA PORTADA:

SAN PEDRO

Autor desconocido, siglo XVII-XVIII. Madera tallada, policromada, dorada y plateada. Parroquia de San Pedro de Garabás (Ourense).

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Maquetación, administración y fotocomposición: Oficina de Informática, Obispado de Ourense.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXV

Julio - Septiembre 2012

Nº 7

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Homilías

Exequias del Rvdo. Sr. D. Cándido Regueiro Diéguez	821
Clausura de los Ejercicios Espirituales de los sacerdotes. Santuario de Los Milagros.....	825
Misa de los jóvenes que peregrinaron al Santuario de Los Milagros.....	826
Homilía en el Santuario de Los Milagros.....	829
Misa de la Beata Teresa de Calcuta. Clausura de la Exposición sobre Madre Teresa.....	830
Exequias de la Rvdma. Madre M ^a Pilar de San Juan de la Cruz. Carmelita Descalza.....	832
Exequias del M.I. Sr. D. José Álvarez Arias. Canónigo de la S.I.Catedral	835
Exequias del Rvdo. Sr. D. Alfredo Suárez Fernández.....	837
Homilía pronunciada en portugués en Santa Eufemia de Calheiros, Diócesis de Viana do Castelo.....	841
Toma de posesión de D. Jorge Juan Pérez Gallego como párroco de S. Pedro de Moreiras	844
Homilía en el Santuario de La Saleta, parroquia de San Facundo de Cea	846
Homilía en la fiesta de Nuestra Señora de la Merced. Centro Penitenciario de Pereiro de Aguiar	848
Celebración do envío dos Educadores da Fe na igrexa de Santa María Nai.....	851

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos	855
Defunciones.....	857
Decreto Penal del Sr. Obispo.....	858

Vicaría de Pastoral

Delegación de Liturgia, "La Homilía".....	860
---	-----

Administración Diocesana

Aportaciones al Óbolo de San Pedro, año 2012.....	873
---	-----

CRÓNICA DIOCESANA

Julio, agosto y septiembre.....	877
---------------------------------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

HOMILÍAS

**Exequias del Rvdo. Sr. D. Cándido Regueiro Diéguez.
San Andrés de Rabal (Oímbra). 28-6-2012**

*“Si vivimos, vivimos para el Señor;
si morimos, morimos para el Señor;
en la vida y en la muerte somos del Señor.” (Rom. 14,8)¹*

Si en alguna situación de nuestra vida estas palabras de San Pablo tienen un eco tan existencialmente vivo y actual es, precisamente, en este momento. ¡Somos del Señor! Esta certeza cautivó con su fuerza toda la vida de este siervo de la Viña del Señor, de D. Cándido que ejerció durante tantos años el ministerio sacerdotal al servicio de esta Iglesia particular. Podemos decir: ¡Sus obras le acompañan...!

¡Sentirnos y ser del Señor!

Mis queridos sacerdotes hermanos y demás familiares de D. Cándido, hermanos y hermanas en el Señor: Los que hemos hecho una opción por el Señor en la Iglesia, bien en el ministerio sacerdotal o en la vida religiosa, no nos olvidemos de que en estas palabras: ***Ser y sentirnos del Señor...*** se encuentra una de las soluciones a nuestra vida, tantas veces desencantada y sin sentido. Necesitamos volver la mirada a ***los testigos*** que el Señor coloca en nuestra historia, a esos cuyos nombres no salen en las páginas de nuestros periódicos, ni en los informativos de nuestros medios. Esos santos en lo ordinario, con los que convivimos y no nos damos

cuenta. Si viviéramos inmersos en el sentido último de nuestra vocación, no necesitaríamos entretenernos en cosas epidérmicas o superfluas que tantas veces nos hacen perder el sentido y la orientación a la que nos dirige nuestro compromiso vocacional. Si somos fieles en esos compromisos, seremos testigos creíbles en medio de nuestra sociedad.

Los mejores testigos son los santos. En este día en el que nos hemos reunido para celebrar el memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, con motivo del tránsito a la eternidad de nuestro Hermano sacerdote D. Cándido, la Iglesia nos invita a hacer memoria de un gran obispo y mártir: San Ireneo de Lyon. Con la intuición clarividente de los hombres de Dios, nos ha dejado hermosos y profundos escritos sobre el misterio de Dios, uno de ellos fue objeto de nuestra meditación en el Oficio de Lecturas de este día. Nos decía que ***la gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios.***

Nuestros sacerdotes, y entre ellos D. Cándido, se han esforzado a lo largo

de su vida ministerial, ayudados por la gracia del Señor, en hacer realidad viva la búsqueda de la gloria de Dios. Lo hicieron ayudando a vivir bien -como buenos cristianos- a tantos hombres y mujeres de nuestro pueblo. Ese trabajo realizado, callado y silencioso, que pasa desapercibido para los ojos del mundo, esperamos que ahora - sobre todo para D. Cándido- de un fruto de vida eterna. Él, sabía bien, como nos lo recuerda S. Ireneo, *que la claridad de Dios vivifica y, por tanto, los que ven a Dios reciben la vida. Por esto, aquel que supera nuestra capacidad, que es incomprensible, invisible* –Nuestro Señor Jesucristo – *se hace visible y comprensible para los hombres, se adapta a su capacidad, para dar vida a los que lo perciben y lo ven. Vivir sin vida es algo imposible, y la subsistencia de esta vida proviene de la participación de Dios, que consiste en vera Dios y gozar de su bondad.*

Nuestros sacerdotes, con su trabajo silencioso, pero operativo, vivo y eficaz, convierten su vida en *esos indicativos de la auténtica vida* que es Jesucristo, porque saben que Él es el único Camino que nos puede llevar a la única Verdad que, no solo ilumina nuestra inteligencia, sino que es la única realidad que puede transformarnos, cristificarnos. ¡Cuántas veces pronunciaron sus labios el nombre adorable de Nuestro Señor Jesucristo!. ¡Cuántas veces tantos hombres y mujeres, niños y ancianos, en los diferentes lugares donde desempeñó su ministerio, este siervo bueno y fiel, perseguía la auténtica glorificación

de aquellos hermanos que la Iglesia le había encomendado! Quería hacerles descubrir a ese Dios con nosotros en la Palabra predicada, en los signos sacramentales de su presencia, en los hermanos necesitados en los que se manifiesta de forma singular el rostro de Dios.

Quando llega la muerte, el ser humano, también el creyente, se siente estremecido ante esta certeza. Sí, sabemos que vendrá, no sabemos ni el cuándo, ni el cómo, ni el dónde. A veces caemos en una falsa ilusión al pensar que a nosotros nos queda lejos. Pero no es así, es una realidad cercana, ínsita en nuestra frágil naturaleza, por eso los grandes santos, los amigos de Dios, nos han enseñado a estar siempre atentos y vigilantes. Cuando nos encontramos con el morir de una persona más o menos cercana, se hacen efectivas las palabras que acabamos de escuchar en la proclamación del Evangelio: *¡Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas!* (Lc. 12,35)²

Quando nos disponíamos a iniciar la marcha del nuevo Consejo Presbiteral nos enterábamos de la noticia del paso a la eternidad de nuestro hermano D. Cándido. Tras su vida entregado se encuentran una serie de nombres: Santa María de Pejeiros, San Verísimo de Blancos, Santa María de Tamagos, San Martín de Mourazos, Santa María de Souto de Limia; Santa María de Mosteriro de Riveira y, -últimamente, Santa Cristina de Tintores ... Ochenta y dos años de vida, y más

de medio siglo (57 años) de vida fiel en el desempeño de su ministerio.

La invitación imperativa de la palabra del Señor que acaba de ser proclamada *¡tened!* nos recuerda aquella otra de la Escritura Santa *¡estad atentos y vigilantes!*... el Señor viene, se acerca, está aquí. El hecho de la muerte de los otros se convierte para todos en una realidad propedéutica, es como un entrenamiento a lo divino en la escuela del divino servicio; es decir, en el **seguimiento del Señor** *¡somos del Señor!* El morir, que le confiere a nuestra existencia un valor radical y una exigencia vivida en lo cotidiano, es también una realidad que siempre viene acompañada por su dramatismo, en algunos casos es una realidad desgarradora, sobre todo cuando nos sorprende la muerte de un niño, o de un joven. El mismo sacerdote, al encontrarse en esas situaciones tan difíciles, poco tiene que decir; la pastoral de la Iglesia nos invita a recogerlos en el silencio elocuente de la oración y ayudara las personas del entorno con nuestra presencia. ¡Qué difícil resulta, entonces, hacerles descubrir, que el Buen Dios no ha querido ni quiere la muerte! Esta realidad constante que nos afecta directa o indirectamente tiene que ayudarnos a descubrir a todos que no somos eternos, *¡no somos dioses!* Acordaos de aquellas palabras de la Escritura: *De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal* (Gen. 3,

4-6). Es el grito sugestivo, y a la vez desgarrador del Enemigo, invitando al hombre que se rebele contra Dios. Esa gran rebelión es el pecado que los Padres y la Tradición de la Iglesia denominan pecado mortal, cuyo fundamento se encuentra en la soberbia humana. La ruptura con Dios, es consecuencia de la soberbia que pretende hacernos y creernos como Dios, ¡es la rebelión de la criatura contra su ser y su verdad! el pecado de creernos dioses ha introducido en el plan del Dios misericordioso el hecho de la muerte. ¡El pecado es causa de la muerte! De ahí que nosotros al reunirnos en torno al altar de la Palabra y del Sacrificio, proclamamos la muerte y resurrección de Jesucristo, y como consecuencia de esta realidad esperamos la victoria definitiva sobre la muerte, sobre la muerte eterna.

Al celebrar la Eucaristía en la comunión de este misterio de fe y amor que es la Iglesia, estarnos abriendo una puerta a la esperanza y, con Ella, decimos: *Creo que mi Redentor vive y que, al final me alzaré del polvo; después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán* (Job. 19, 25-27).

Mis queridos Hermanos Sacerdotes: Solo a través de la fe, de la fe vivida muchas veces a través de esa “noche oscura” que nos hace entrar, tantas veces por la *espesura del padecer*, podemos gustar de antemano el gozo y la luz de esos cielos nuevos y de esa tierra nueva, fin

de nuestro caminar como peregrinos fascinados por el Absoluto, por el Dios misericordioso, cuyo rostro deseamos ver y buscamos cotidianamente *¡Tu rostro buscaré Señor, no me escondas, Tu rostro!* ¡Cuántas veces, nuestro Hno Sacerdote habrá repetido este verso de los salmos. Y ¡cuántas veces el Señor le habrá sonreído» mostrándole su rostro en los fieles que estuvieron en contacto con él. Cuando asistimos a la muerte de un anciano sacerdote, lo hacemos con la conciencia de que esa realidad que entregamos a la tierra es una semilla de un nuevo amanecer. Esas manos que han bendecido y consagrado. Esos labios que han proclamado y realizado el misterio. Ese cuerpo, roto por los años ... y ahora entregado en el surco de la tierra, pedimos al Señor que le haga fecundo. Que su estela de vida sacerdotal nos ayude a ser generosos y entregados; suscite nuevas vocaciones para el ministerio sacerdotal.

D. Cándido sabía, por experiencia propia, una experiencia acrisolada por sus años de lucha por ser fiel a la Iglesia en el ejercicio del ministerio sacerdotal, que, en nuestras vidas, debemos abrir constantemente las puertas de nuestra existencia de simples criaturas

al misterio de esa energía profunda y misteriosa de la gracia que lo transforma todo y prepararnos así para vivir bien la Pascua definitiva. Podemos decir que ha pasado de su vida ordinaria, viviendo con sencillez su pasión por Dios en lo cotidiano, a la Pascua definitiva. Eso pensamos, eso queremos creer, y eso es para nosotros un deseo que brota de nuestro corazón agradecido porque durante tantos años este Sacerdote ha sido un testigo fiel, que, con la elocuencia de su vida sencilla y entregada, ha sabido ser uno de esos ciemientos que como sombra silenciosa, ha dado fecundidad a esta Iglesia que peregrina en Ourense.

A la Madre del Divino Maestro, Madre singular de los sacerdotes, a la que profesó una tierna devoción desde el Seminario, encomendamos a D. Cándido. Pedimos que la Madre del Dulce Nombre, María, lo socorra y, en él, se cumpla aquello que pedimos en esa oración tan antigua: *Acuérdate, Oh Virgen, Madre de Dios, cuando estés ante la presencia del Señor, de decirle cosas buenas de nosotros...* Amén.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

NOTAS:

- 1 Rm. 14, 7-9. Leccionario V, pag. 178* (texto VII)
- 2 Lc. 12, 35-40. Item, pág. 203* (texto VII)

Clausura de los Ejercicios Espirituales de los sacerdotes. Santuario de Los Milagros. 16 al 21 de julio de 2012

“Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado”...

Como discípulos de Jesús, también nosotros somos objeto de muchas miradas. La mirada de los otros puede condicionar nuestra forma de actuar. Nos puede restar naturalidad en la acción, incluso, si no nos cuidamos y estamos atentos, puede que nos lleve paulatinamente al cumplimiento, a caer en un funcionariado eclesial. Es el gran peligro que corremos en el ejercicio de ese ministerio que “llevamos en vasos de barro”.

Para no sucumbir a esta dinámica -tan frecuente- es necesario que nos dejemos sorprender por la “mirada de Dios”...

Los Ejercicios Espirituales, ya desde la primera meditación, que el Maestro Ignacio de Loyola nos presenta: Principio y fundamentos... quiere ayudarnos a descubrir que solo Dios basta, y en la vida de un cristiano ésa debe ser la clave de todos sus afanes y a un sacerdote, lo que se le pide es que sea “un buen cristiano”.

Para lograr esa conquista cotidiana, ser buen cristiano, el mismo Pablo nos enseña el camino: “Ya no vivo yo, es Jesucristo quien vive en mí”, o, si quieres “Para mí la vida es Jesucristo”.

Esa identificación con Jesucristo solo puede realizarse si somos sencillos y humildes y nos dejamos penetrar por la dinámica de la gracia... dinámica “vieja” como el Evangelio y siempre reactualizada por la fidelidad de la Iglesia, en este sentido se entiende aquel punto 18 del Decreto *Presbyterorum Ordinis* del Vaticano II.

“Para fomentar la unión con Cristo en todas las circunstancias de la vida, aparte del ejercicio consciente de su Ministerio, gozan los presbíteros de medios comunes y particulares, nuevos y antiguos, que el Espíritu Santo no deja de suscitar en el Pueblo de Dios, y la Iglesia recomienda y hasta manda también algunas veces para la santificación de sus hijos”.

Y, a continuación, el Concilio desarrolla un programa de vida sacerdotal en el que queda magistralmente perfilada la vida cotidiana de un buen cristiano, de un sacerdote fiel.

Os invito, en este Año de la Fe que, con la ayuda de Dios, vamos a iniciar, a que volváis a la lectura meditada de los Documentos del Vaticano II, empezando por el P.O, y, de manera especial, en la meditación de este nº 18.

Y, de acuerdo con él, confeccionemos ese programa de vida... sin olvidarnos que el objetivo de los Ejercicios

Espirituales es lograr la convicción íntima de que lo más importante es luchar por la Gloria de Dios o, si queréis, con las mismas palabras del Vaticano II:

“El fin que los presbíteros persiguen con su ministerio y vida es procurar la gloria de Dios Padre en Jesucristo” (P.O.2)

Ese dinamismo positivo que, cotidianamente, nos va identificando con Jesucristo para hacer servidores de sus misterios en favor de nuestros hermanos y hermanas, solo se puede lograr si somos fieles a esos momentos diarios de experiencia orante. Si un cristiano sin oración es un cristiano en riesgo –decía el beato Juan Pablo II- más

riesgo correrá la vida de uno de nosotros, que hemos recibido un ministerio para “contribuir al aumento de la gloria de Dios y a promover la vida divina” en nuestros hermanos y hermanas (P.O.2final).

Iniciábamos esta reflexión partiendo de la mirada de los otros para centrarnos en la de Jesucristo, Señor Nuestro... pero en esta casa de oración, quisiera concluir mis palabras dejándonos contemplar por la mirada de la que es Vida, Esperanza y Dulzura de esta Iglesia que peregrina en Ourense: Nosa Señora dos Milagros.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Misa de los jóvenes que peregrinaron al Santuario de Los Milagros. 1 de septiembre de 2012.

Mis queridos amigos:

¡Fijaos en vuestra asamblea! ¿Quiénes estamos hoy aquí, a esta hora de la mañana; una hora habitual para algunos de nosotros porque es la hora en la que comenzamos nuestra oración de la mañana; en cambio, para otros es hora de descanso, o quizá, un sábado, es hora de regreso de la “marcha” nocturna... Sin embargo, la marcha de esta noche ha sido totalmente distinta a la de otros días, ¡ha sido una peregrinación!

Hoy, nuestro cansancio es diferente, es físico; en otras ocasiones, quizá muchas, ese cansancio puede ser físico y también espiritual. Mis queridos amigos, no os dejéis manipular por aquellos que os instrumentalizan para crecer en sus negocios; ni por aquellos que os critican y después idolatran a la juventud, resistiéndose a hacerse mayores. ¿Os habéis fijado en esas personas que pasan ya del medio siglo de su existencia y en sus vidas copian vuestras maneras y modas juveniles de vivir? ¿Os habéis fijado en lo lamentable

que resulta que una persona se resista a crecer en años y pretenda ser siempre y actuar como un adolescente?

Lo sabéis bien, la juventud es un gran regalo que hay que administrar bien, si no, se esfuma o se quema prematuramente...

Hace unos días, la Iglesia nos proponía la santidad de vida de San Agustín. Un santo que refleja con cruel realismo tantas situaciones personales actuales. Buscaba, como joven, la verdad, el amor, el sobresalir, el ganar mucho, el disfrutar a costa de todo y de todos... y pasados los años, cuando ya pasaba de los treinta, se encuentra con que esa Verdad y ese Amor que buscaba era Jesucristo. Y se lamentaba diciendo:

“Oh, Verdad! Oh, Verdad! Tarde te hablé, te buscaba fuera de mí, y en mi interior estabas”.

Esa experiencia la podemos hacer nuestra. La Verdad, el Amor, la Vida... están dentro de nosotros mismos, debemos descubrirlos. Tienen un rostro, humano; un rostro que muchas veces no queremos reconocer porque es el del Crucificado-Resucitado. Un rostro que nos habla al corazón y, a menudo, no queremos escucharle... es Jesucristo. El mismo que hoy nos habla por la Iglesia y en la Iglesia, y nos dice:

“Un hombre que se iba al extranjero, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco

talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad. Luego se marchó”.

¿Te has parado a pensar que, a cada uno de nosotros, el Señor “nos dejó encargado de sus bienes”... que somos responsables de “las cosas de Dios”?

Incluso aquellos que no creen o han perdido su fe, o se encuentran con un mar de dudas, también ellos han recibido su talento; aunque haya sido solo uno, por ejemplo, el regalo de la vida.

¡Os fijáis en nuestra vida! Ha sido un regalo. Ninguno de los que está aquí ha hecho solicitud para tener esta existencia concreta, ni ha escogido su masculinidad ni su feminidad. Nos hemos encontrado existiendo como lo que somos. ¡Qué pena dan aquellos que dicen “mi vida y mi cuerpo es mío y con ellos hago lo que quiero!”. San Agustín les llamaría “necios”, que quiere decir: “no saben lo que dicen”.

Aprovechemos el talento, ¡o los talentos! Los que estamos aquí hemos recibido más de uno. No solo el talento de la vida, sino también el de la amistad, la fraternidad, que os ha llevado a realizar esta peregrinación juntos, como un grupo de amigos que comparten otro talento: el cariño a la Virgen Santísima.

María nos recibe en su casa y nos pide que negociemos con nuestros talentos, ¡son un regalo que el Buen Dios

ha dejado en nuestras manos, porque se fía de nosotros!

Nos ha dejado encargados de sus bienes. El bien máspreciado de Dios son las personas. Hemos sido encargados por el Señor para cuidarlas, comenzando por las de nuestro entorno, y en especial de nuestros jóvenes, ¡vuestros colegas!

No podemos encogernos ante las dificultades y ante los temores. Tampoco podemos apocarnos cuando nos señalan porque vamos a Misa, o nos ven rezar o que nos confesamos, ¡no tengáis miedo!, lo decía y dice Jesús, lo repitió Juan Pablo II y os lo dice con todo su corazón vuestro obispo: ¡no tengáis miedo! Si perseveráis, venceremos.

Lo que no podemos hacer es enterrar los talentos que Dios nos dio. Y no nos olvidemos, mis queridos amigos y amigas, que esta es una de las tentaciones más reales que acecha vuestra vida: ¡no tengáis miedo a Jesucristo, Señor y dador de Vida!...

Hace unos días, muy pocos, recibía a una persona joven, con un buen trabajo profesional que, en un momento de su larga conversación me llegó a decir: ¡yo debiera de haber sido religioso, sacerdote!

¡No enterréis los talentos! Dios sigue llamando. Lo hace a su hora, la hora de Dios. Una hora que no tiene que ver con nuestros ritmos ni proyectos, con nuestra hora... Dios os llama a vivir vuestra existencia joven con pasión, no a medias.

Y no te olvides que para vivir una existencia auténticamente cristiana, no tienes que hacerte, necesariamente, cura, monja o misionero. No. Te ruego que me entiendas bien, para que tú tengas una existencia plenamente cristiana es necesario que no entierres tu talento, o tus talentos, porque seguro que tienes muchos.

Sé fiel a Jesús, Nuestro Señor. Él no falla nunca, es eternamente fiel. Ábrele de par en par tu existencia, déjale que entre en ella a través del suave susurro de la gracia de los sacramentos, sobre todo de la confesión y de la Eucaristía y así vivirás en plenitud. Con la alegría de Jesucristo en tu vida, transforma la de tus colegas; ilumina con la radiante luz de tu juventud la existencia rota de tantos y tantas de tus contemporáneos... ¡Se cristiano auténtico! Sin miedos a nada ni a nadie.

Te ruego que, en tu camino, no dejes de mirar a María; ella es la estrella luminosa en tu peregrinación a través del colegio, la facultad, el deporte, la amistad, el noviazgo cristiano... Pídele a Ella por los tuyos, por sus necesidades. Por tantos niños y jóvenes que nacen y crecen sin la luminosidad de la fe, quizás muy cerca de nosotros.

Te ruego, como Pastor de esta Iglesia, que me ayudes: que reces por la santidad y la entrega de nuestros sacerdotes. Que me ayudes a mí y a los

sacerdotes a ser “pescadores de hombres”, como Pedro, Santiago y Juan. Que tú mismo también te conviertas en “pescador” y lances las redes para suscitar en tu entorno un clima y un ambiente auténticamente cristiano, donde surjan auténticos cristianos que se conviertan en esos ciudadanos que puedan construir una civilización nueva: del Amor y de la Paz.

Que la Virgen Santísima de los Milagros nos bendiga a todos en nuestro caminar y, a vosotros los jóvenes, que os ayude a ser generosos y así no enterréis nunca los talentos que el Señor os concedió para dar frutos de santidad y de vida eterna. Amén.

+ *J. Leonardo Lemos Montanet*
Bispo de Ourense

Homilía en el Santuario de Los Milagros. 2-9-2012

Con la liturgia del día del Señor, Domingo XXII del Tiempo Ordinario, podemos preguntarnos: Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

El deseo del ser humano es poseer a Dios, que es la plenitud, la Verdad, la Vida... Ese deseo se hizo realidad en esa hermosa criatura, toda limpia, una mujer de nuestra raza: María. Ella fue tabernáculo, sagrario de Dios que se ha hecho hombre para redimirnos, salvarnos y hacer que la plenitud de nuestra existencia -que es la santidad de vida- se pueda hacer realidad, porque, lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

Por eso, a lo largo de la historia de nuestros pueblos, la Santísima Virgen se ha preocupado de buscar lugares señalados para hacer presente la ternura de Dios... Os invito, hermanos y her-

manas, a que os paréis, no a tocar, sino a contemplar los ojos de esta bellísima imagen de Nuestra Señora de Los Milagros. Fijaos bien: a través de ellos, se hace patente la ternura de Dios.

Quien es capaz de mirar a los ojos de esta imagen de María, hasta las personas más alejadas de Dios, las más frías, pueden tener la certeza de que, a través de la mirada de María, la misericordia del Señor llega a su corazón y le convierte.

¡Son tantos los milagros de la Santísima Virgen!, ¡Son tantos los milagros que seguimos necesitando!, ¡son tantos los Milagros que seguimos solicitando de su mano maternal!

Estamos a punto de iniciar un Año de la Fe, ¡he ahí uno de los grandes milagros que la Santísima Virgen ruega que le pida-

mos! Que aumente nuestra fe. La fe de los sacerdotes de la Iglesia, la fe en nuestras familias, en los niños y en los jóvenes...

A veces le pedimos a la Santísima Virgen que nos conceda otros milagros, más materiales, que también los necesitamos, pero que resultan menos importantes. Sin embargo, con el regalo de la fe se nos conceden muchas cosas... la fe puede hacer posible lo imposible.

Hermanas y hermanos míos, una vez más, habéis acudido a la llamada de la Reina del Cielo, Señora de los Milagros... y, una vez más, Ella os concederá el regalo de su presencia y, de manera especial, el don de su Hijo, ¡qué es sino la Eucaristía! Y la posibilidad de poder celebrar el sacramento de la Penitencia, un regalo de Dios que muchas veces no se puede hacer en las parroquias porque los sacerdotes están encargados de otras comunidades.

La Señora nos invita hoy, por medio de la Palabra de Dios proclamada, a que aceptemos dócilmente su Palabra (Evangelio), que tenemos que hacerla nuestra, y que nos puede salvar.

La Santísima Virgen hoy nos invita, a través de la Palabra del Apóstol Santiago, a que descubramos el auténtico sentido del querer de Dios:

“La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: visitar huérfanos y viudas... y no mancharse las manos con el pecado”.

En definitiva, nos invita a que vivamos las Obras de Misericordia: ayudar, ser generosos, positivos, constructivos en un mundo como el nuestro, caritativos, buenos ciudadanos...

*+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense*

**Misa de la Beata Teresa de Calcuta.
Clausura de la Exposición sobre Madre Teresa,
Santa Iglesia Catedral de Ourense. 5-9-2012**

El 5 de septiembre de 1997, hace hoy quince años, pasaba a la eternidad, a sus 87 años de edad, la Madre Teresa de Calcuta, beatificada por el beato Juan Pablo II el 19 de octubre de 2003.

Madre Teresa, a la que algunos de los presentes hemos tenido la gracia de

conocer, una de las grandes Teresas, auténticas hijas de la Iglesia. Todavía recuerdo con emoción aquel encuentro casual que he tenido con la Madre Teresa en la plaza de San Juan de Letrán (Roma) durante mi estancia en la “ciudad eterna” para ultimar mis estudios universitarios.

Una religiosa, pequeña de estatura, ligeramente encorvada, con el rostro surcado de arrugas pero con unos ojos que se clavaban en el corazón. Al verme de sacerdote, juntó sus manos sobre el pecho y se inclinó con reverencia y afecto. ¡Era un testimonio vivo de amor al sacerdocio de Jesucristo! Desde aquel momento una corriente de simpatía brotó en mí, con respeto a aquella religiosa, de pequeña estatura física, y también sobre su Instituto, que tuve la suerte de conocer en mis años de estudiante. De ahí que al encontrarme con la exposición sobre Madre Teresa en la Diócesis de San Sebastián, la solicité.

A lo largo de estos días, hemos tenido la suerte de convertir esta catedral-basílica de San Martín en un santuario a la Madre Teresa. Lo que hemos visto y leído nos ha ayudado y, sobre todo, nos ha transformado.

La Beata Teresa de Calcuta no ha dejado grandes tratados de teología mística, ni escritos similares a los de Teresa de Jesús. Ella nos ha dejado a sus hijas -una congregación religiosa femenina que crece-, y sus obras... los más pobres de los pobres.

Sin embargo, existen una serie de pensamientos que, como “dichos de luz y de amor” al estilo de San Juan de la Cruz, nos ayudan a descubrir el perfil de esta gran mujer. Uno de

ellos es este: “*La paz comienza con una sonrisa*”...

En un mundo como el nuestro, que está surcado por tantos signos de rencor, de violencia, de gravísimos atentados, de crímenes horrendos, como hemos podido contemplar -un padre a sus hijos pequeños- falta de armonía entre los esposos, enfrentamientos entre hermanos, etc. Todo es prueba fehaciente de que no hay paz y, como cristianos, tenemos que ser constructores de paz. ¡Pensemos en nuestro entorno! Para lograrlo, no es necesario esperar a que nos concedan el Nobel de la Paz, basta, tan solo, que respondamos con una sonrisa. He ahí el comienzo de la paz.

Y aquel otro pensamiento que constituye un programa de vida:

“El fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz”.

Podríamos denominarla como la Escala de la Paz. Solo seremos constructores auténticos de la paz en nuestro mundo si lo hacemos desde esta perspectiva.

La paz brota del corazón, que purificado por la oración que brota del silencio interior, se convierte en el auténtico rostro del amor. Una persona que ama, tiene paz y es capaz de servir a los demás, encontrando en los otros, sobre todo en los necesitados, al mis-

mo Jesucristo: “lo que habéis hecho a uno de estos, mis pequeños hermanos, a mí me lo habéis hecho”.

¡Cómo nos cautivan esas fotos! Son verdaderas y auténticas reliquias de la Madre Teresa en donde ella nos sorprende acariciando, cuidando con exquisita ternura a los más necesitados, ¡y siempre con una sonrisa!

Todo ese dinamismo, que no mermó con el paso de los años, sino que creció en calidad, porque era consecuencia de esa oración contemplativa, en esos momentos intensos de silencio ante la Eucaristía, caminando muchas veces en medio de sombras y de dudas, pero sin perder la finalidad y la orientación de su vida: Solo Dios.

Fue precisamente este, el impulso que la llevó a trabajar hasta el final, llegando a dejarle a sus hijas, también a nosotros, aquel bellísimo pensamiento:

“No puedo parar de trabajar. Tendré toda la eternidad para descansar”.

Desde la perspectiva de la eternidad, vivida en el horizonte de nuestras limitaciones cotidianas, seremos capaces, con la ayuda de Dios y de Santa María –contando con la intercesión de la Beata Teresa de Calcuta- de luchar por amor hasta el último instante de nuestra vida. Amén.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Exequias de la Rvdma. Madre M^a Pilar de San Juan de la Cruz. Carmelita Descalza.

Carmelo de Ourense. Ourense, 6-9-2012

Saludos!

Con la fuerza que brota de la Palabra, la única palabra pronunciada por Nuestro buen Padre Dios: Jesucristo. La única que salva y que no se nos dará otra, os digo:

“La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha dado” (Rom. 5,5).

Después de 49 años de presencia religiosa en este convento de Santa Teresa de la ciudad de Ourense, a punto de que se inicien los actos de las bodas de oro de la inauguración de este “palomarcico” de Carmelitas Descalzas, la Madre Pilar de San Juan de la Cruz ha sido llamada a la eternidad... “¡La esperanza no defrauda!”... aquella que fue la primera priora de esta casa, y formadora o maestra de Hermanas, tanto aquí como antes en el Carmelo de Zamora.

Nuestra Hermana, con la certeza que nos da la Palabra del Señor, ha vivido en la perspectiva de aquella enseñanza de San Juan de la Cruz, cuyo nombre llevó durante muchos años de vida religiosa: *“El alma que anda en amor, ni cansa, ni se cansa”*.

Desde la perspectiva de la fe, ella fue como aquellas personas a las que se refiere el Evangelio proclamado en esta liturgia: *“Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas: Vosotros estad como los que aguardan a que el Señor vuelva... para abrirle, apenas venga y llame”*.

Ceñida la cintura de su existencia, con el vínculo del amor, supo esperar a su Señor, consciente de que: “El que no ama, ya está muerto”.

Porque durante toda su vida puso en práctica lo que San Juan de la Cruz enseñó, a ir “muriendo de amor”, cotidianamente, sabiendo que ese mismo amor era un toque, en el alma consagrada, por parte del mismo Espíritu de Dios.

Madre M^a Pilar de San Juan de la Cruz se sintió “tocada” por el amor del Señor y, desde sus tierras vascas, siguiendo la llamada de Aquel que es Amor, la Vida y el Único Camino, dejó su tierra y a los suyos –los dejó físicamente, pero los llevó siempre en su corazón- y partió para ingresar en aquel convento segoviano, novena fundación de la Madre Teresa de Jesús.

Allí se formó en la escuela del Divino Servicio. De Segovia, partió, como hija de obediencia y buena hija de la Iglesia, para el convento de Zamora, fue fundadora y alma de aquel Carmelo, donde también ejerció la delicada tarea de maestra de novicias...

No era este el último destino de esta carmelita. Aquella joven, cuyas raíces se encontraba en el noble pueblo de Urnieta, en San Sebastián, después de su formación en Segovia y de su experiencia como fundadora en Zamora, parte para esta ciudad de Ourense, a finales de los años 50, secundando –ella y otras cuatro carmelitas- los deseos de uno de mis venerables predecesores, Mons. Temiño Sáiz (1953-1987), cuyo largo pontificado, a medida que pasa el tiempo, adquiere cada vez mayor valor, y esto se demuestra por las obras por él impulsadas y creadas, entre ellas, este Carmelo aquí plantado, casi en la falda de este monte, donde se yerguen los dos Seminarios diocesanos... Lo ha querido, precisamente aquí, para que fuese ese apoyo fundamental de oración ferviente y de sacrificios escondidos y fecundos para alimentar y fortalecer la tarea de la formación de los nuevos sacerdotes y, como un reclamo para solicitar del Buen Dios la santidad de los sacerdotes.

Hermanas y hermanos míos, ¡cuánto tenemos que aprender de ellos! y ¡cuánto debemos agradecer la fidelidad y el tesón de aquellos que nos han precedido en el vínculo de la fe y duermen el sueño de la paz.

Madre M^a Pilar y sus cuatro compañeras formaron aquel “palomarcico”, nunca mejor dicho, en la misma Casa del Obispo, en el ático del Obispado. Allí vivieron los cinco primeros años, “en mucha estrechez y pobreza”, aunque fueron momentos intensos de gracia y de mucho contento espiritual, en los que experimentaron cómo las mejores familias de Ourense, empujadas por D. Ángel Temiño, se volcaron con ellas con toda clase de ayudas para la fundación de este Carmelo.

Fue en este Carmelo, la primera de sus prioras, ejerciendo también el delicado encargo de ser Maestra de Novicias... Aquella que vivió su vocación, no como una renuncia, sino como una entrega de amor, supo enseñar aquel camino en el que para ser fecundos tenemos que ser almas de oración y de sacrificio, de este modo será veraz y auténtico nuestro amor.

Cuando llegó “la noche oscura”, permaneció en silencio... y a ella podría aplicársele aquel pensamiento de otra hermana suya Carmelita Descalza:

“Ya nada de la tierra me importa, solo Dios... lo que hasta aquí no se hizo, en estos momentos no se puede hacer, solo ofrecerse”...

El Evangelio de hoy nos recordaba a todos, algo que hizo carne de su propia vida esta Madre Carmelita: *“¡Estad preparados!, porque a la hora que menos penséis, viene el Hijo del Hombre”*.

Esas almas sencillas, fieles y generosas, con las que tantas veces nos encontramos, nos enseñan con su vida el verdadero y auténtico arte de morir, arte que presupone siempre que se ha vivido ejercitándose en la sabiduría cristiana de la fe, de la esperanza y del amor. Todo ello nos debe llevar a buscar siempre el querer de Dios para saber así vivir en esperanza, aguardando el encuentro definitivo con el Amor vencedor del mal, del dolor y de la muerte.

Enterramos hoy, con esperanza cristiana, los restos mortales de una hija de la Iglesia que vivió en el silencio su “sí” constante a Dios. Lo hacemos, suplicando al Buen Dios y a su Santísima Madre que este cuerpo que enterramos, purificado por el ejercicio del Amor y acrisolado por el sufrimiento en la última etapa de su vida, se convierta en una simiente de nuevas vocaciones a la vida del Carmelo... ¡de este Carmelo de Ourense!, y al ministerio sacerdotal.

Que en su tumba, que casi se puede contemplar desde uno de nuestros seminarios, se convierta en un despertador del Amor de Dios en tantos de nuestros niños y niñas, en nuestros jóvenes... y también en nosotros, sacerdotes y religiosas/os... para que nos convenzamos que solo con el cuidado de la oración bien hecha, y con constancia, seremos hombres y mujeres de fe, y el fruto de esa fe es el amor, que se torna en servicio. Servicio a la causa

de Dios y de su Iglesia. Y esa causa es hoy la lucha por la santidad personal e institucional. Si nos dejamos meter en esa dinámica del amor a Jesucristo, nuestras vidas serán fecundas, como lo ha sido la de la Madre M^a Pilar de San Juan de la Cruz.

Podemos concluir esta reflexión con el gran Doctor y Patrono de Poetas:

“Gocémonos, Amado, y vámonos a ver en tu hermosura al monte y al colla-

do, do mana el agua pura; entremos más adentro en la espesura.”

Pidamos al Señor que nuestra Hermana haya entrado en la espesura del Amor Misericordioso, y allí descanse en Paz, aguardando la Gloria de Nuestro Señor Jesucristo y la compañía de Santa María y de San José, y de todos los santos. Amén.

*+ J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense*

Exequias del M.I. Sr. D. José Álvarez Arias. Canónigo de la S.I.C.B. de San Martín de Ourense.

Catedral de Ourense. 10-9-2012

“Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo” (Filp. 3,20)

Excmo. Cabildo, queridos sacerdotes, familiares de D. José, hermanos y hermanas en el Señor:

¡Somos ciudadanos del cielo! La certeza que da a nuestras vidas la Palabra de Dios, nos llena de esperanza; somos ciudadanos de un cielo nuevo y de una tierra nueva. Estas realidades muy poco tienen que ver con esta otra en la que se desenvuelve nuestra vida, limitada, finita, contingente. Sin embargo, aunque son distintas realidades, ambas se entrecruzan en el horizonte del corazón humano.

Es ahí, en el corazón, es decir, en lo más íntimo del ser humano, donde cielo y tierra se tocan y adquieren su sentido último y definitivo. D. José, que tan bien conocía y dominaba la literatura religiosa carmelitana, nos recordaría, para entender esta interrelación entre cielo y tierra, aquella frase de Santa Teresa del Niño Jesús:

“Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra”...

Existe, pues, una relación estrecha entre estas dos dimensiones de la existencia humana: cielo-tierra. Y, en la medida en que vivimos, de una forma más comprometida, nuestra vocación cristiana, así gozaremos de una mayor plenitud en la eternidad. Es precisa-

mente esa certeza la que le ha llevado a proclamar a San Agustín:

“Dios, que te creó sin contar contigo, no te salvará sin tenerte en cuenta a ti”.

¡Tenemos en nuestras manos la eternidad!

A lo largo de su vida sacerdotal, nuestro hermano sacerdote “ejerció el ministerio sagrado en bien de la Iglesia”; y muchas veces, con sus palabras, llenas de profunda doctrina y firme convicción, enseñó que para llegar al Reino y gozar eternamente de la Gloria de Dios, es necesario enseñar y seguir la vía que nos conduce a Él, y para ello es imprescindible conocer, tratar y amar la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo, que es *“el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí”* (Jn 14,1-6).

Gracias a Dios, han sido muchos los años de servicio a la Iglesia que D. José realizó con dedicación, constancia y entrega. Este es el momento en el que podemos decir, con ese pensamiento de la Escritura: ¡y sus obras le acompañan! (Apoc. 14,13), por eso rogamus a Dios que le conceda el descanso de sus fatigas.

Muchos de los que estáis aquí sois testigos del ejercicio ministerial de D. José. Yo he tenido la suerte de conocerle, por vuestras referencias, y le he podido visitar, acompañado del Sr. Deán, a las pocas semanas de mi llegada a esta Diócesis. En su fidelidad sacerdotal, hay un elemento, de no poca importancia, que es de justicia

mencionar. D. José supo descubrir, en el estilo espiritual de S. Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, un camino de santidad personal. Sabía que ésa era la clave para la fecundidad en su ministerio, a través de esa praxis ascética en la que se conjugan, armoniosamente, costumbres de la piedad secular de la Iglesia con otras realidades nuevas.

Todo ese espíritu le llevó a adscribirse a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, sabiendo que, con ello, no merma su diocesaneidad, ¡todo lo contrario!, adquiriría una mayor intensidad y fuerza, un dinamismo que, apoyándose en uno de sus elementos fundantes: la santificación a través del trabajo ordinario, le llevó a convertir su trabajo, el ejercicio fiel de su ministerio, en cauce de santidad personal y de los demás.

Ese trabajo lo ejerció en todos aquellos campos pastorales que le encomendó su obispo. Primero, como profesor en el Seminario. Más tarde como sacerdote encargado de Santa Eufemia. Atendió a las mujeres de la Acción Católica como consultor. Se le encomendó la delicada tarea de la Dirección Espiritual de los Teólogos del Seminario Mayor. Al querer llevar a cabo esta misión con competencia, se hizo un profundo conocedor de los grandes autores de la mística española: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

En 1969, pasó a ser canónigo de esta S.I.C.B. de San Martín y, posteriormente, Magistral. Además de estos en-

cargos oficiales, D. José fue un trabajador de la “viña del Señor”... podemos decir que “sus obras le acompañan”.

¡Quién puede valorar o computar las horas de confesionario!, las de dirección espiritual, la atención a las religiosas –le recuerdan con veneración las Carmelitas Descalzas y las Clarisas Reparadoras- ¡y las obras sociales!, su generosidad y entrega. No podemos olvidar su asesoría religiosa a Radio Popular de Ourense...

Fue purificado por el dolor en esta última etapa de su vida. Bajo la compañía de su familia, especialmente de su hermana, a los que como Obispo, en nombre del Presbiterio Diocesano les agradezco el desvelo y el cariño con el que le han acompañado.

Cuando uno de nuestros sacerdotes, aunque sea anciano, pasa a la eternidad, mi corazón se va a nuestro Seminario, y suplico al Buen Dios que nos conceda buenas y santas vocaciones, ¡sacerdotes fieles!

A la Virgen Santísima, Santa María Madre de Dios y Madre Nuestra –de la que era tan devoto D. José- le encomendamos a nuestro hermano y le pedimos que nuestro corazón se llene de esperanza, porque tenemos la certeza de que el Señor nos tiene preparado el camino y un sitio adecuado...

Seamos fieles mientras Él no llegue y nos lleve consigo, para que donde esté Él estemos también nosotros. En esos cielos nuevos y esa tierra nueva, que ni ojo vio, ni oído oyó, lo que Dios tiene preparado para los que Él ama.

Somos afortunados. La fe nos indica cuál es el Camino: Jesucristo. Y cuál es la meta en la que Él nos espera... Mientras vivimos en esta esperanza, luchemos por ser fieles en nuestra vocación, y así iremos construyendo, poco a poco, nuestro cielo nuevo y nuestra tierra nueva, desde esta tierra que el Señor ha colocado en nuestras manos. Amén.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Exequias del Rvdo. Sr. D. Alfredo Suárez Fernández. Verín, 10-9-2012

“Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo” (Felp. 3,20)

Queridos hermanos sacerdotes, familiares de D. Alfredo, hermanos y hermanas en el Señor:

¡Somos ciudadanos del cielo! La certeza que da a nuestras vidas en momentos como este la Palabra del Señor que acabamos de proclamar, nos ayuda y nos alienta, y se convierte para nosotros, de algún modo, en un signo de

esperanza. Somos ciudadanos del cielo nuevo, de un cielo nuevo y de una tierra nueva que muy poco tienen que ver con esta tierra que contemplan nuestros ojos y que pisan nuestros pies. Sin embargo, aunque son distintas realidades, ambas se entrecruzan en el horizonte del corazón humano.

Es ahí, precisamente ahí, en el corazón del ser humano, en lo más íntimo del ser humano, donde cielo y tierra se tocan y adquieren su sentido último y definitivo. D. Alfredo, que tan bien conocía y vivía los misterios del Señor, que lo vivía y lo sentía desde la debilidad y la fragilidad humana, desde la pobreza de la inteligencia humana, muchas veces, ha predicado estos gestos del Evangelio.

Existe pues, hermanas y hermanos, una estrechísima relación entre esas dimensiones de la existencia humana: cielo-tierra, realidades que se hacen patentes, precisamente cuando nos encontramos con una situación así. Es verdad, un sacerdote enfermo, ya anciano, parece que no nos duele tanto, y sin embargo no es esa la realidad. Existe una relación estrecha entre las dimensiones de la existencia humana: cielo-tierra. Y, en la medida en que vivimos, de una forma más comprometida, más auténtica, nuestra vocación cristiana, así gozaremos de una mayor plenitud en la eternidad. Es precisamente esa certeza la que le ha llevado a San Agustín, a proclamar que ese Dios que nos creó sin contar con nosotros nos salva-

rá teniendo en cuenta nuestro propio querer. De algún modo podemos decir, mis queridos hermanos, que tenemos en vuestras manos nuestra eternidad. La eternidad que como regalo de Dios ha sido sembrada en el seno de la Iglesia en cada uno de nosotros a través de regalo del Bautismo.

A lo largo de su vida sacerdotal, nuestro hermano “ejerció el ministerio sagrado en bien de la Iglesia”. Muchas veces, con sus palabras, llenas de profunda doctrina y firme convicción, enseñó que para llegar al Reino y gozar eternamente de la Gloria de Dios es necesario enseñar y seguir la vía que nos conduce a Él, a Jesucristo, nos lo recordaba el Evangelio que acabamos de proclamar, Jesucristo, nuestro Señor, se nos presenta como “*el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí*” (Jn 14,1-6).

Gracias a Dios, han sido muchos los años de servicio a la Iglesia que nuestro hermano ha realizado, no solamente a esta Iglesia que peregrina en Ourense, sino también, a inicio de su ministerio sacerdotal ha sido grande la presencia y la labor que realizó nuestro hermano Alfredo en la Iglesia de Santiago de Cuba, en momentos muy complicados; podemos decir que en momentos en que la encrucijada de aquel país, de aquella nación, estaba perfilando su futuro.

A lo largo de su vida, sencillo y humilde, ha querido siempre obe-

decer, con una obediencia desde el silencio, ocupando puestos y encargos, siendo y sintiéndose un sacerdote de nuestras iglesias rurales. No ha pedido más. Gracias a Dios, hoy al vivir y al participar en esta Santa Liturgia, en estas exequias de nuestro hermano Alfredo, tenemos que dar gracias a Dios Nuestro Señor, precisamente por los años de fidelidad en el ministerio sacerdotal. Y con las palabras del libro del Apocalipsis, podemos decir: Sus obras le acompañan (Apoc. 14,13). Obras de las que muchos de vosotros sois conocedores. Pero hay muchas obras que nosotros ignoramos. Que no hemos sabido, ni sabremos en esta tierra, contemplar, valorar y descubrir.

Muchos habéis sido testigos de la historia personal y del ejercicio del ministerio sacerdotal de este hermano sacerdote. Pero, hermanos míos, cuántas cosas se nos escapan. Cuántas cosas no somos capaces de descubrir y de percibir, precisamente, de nuestro hermano. Fijémonos, de alguna manera: ¿quién, de los que está aquí, puede computar las horas de servicio a los demás a través del ejercicio callado del ministerio sacerdotal? ¿Quién puede computar y valorar las horas de administración del sacramento de la penitencia? Las horas que ha dedicado a lo largo de su existencia a la lectura y la oración de la Liturgia de las Horas en nombre de la Iglesia, es decir, en nombre de todos los que estamos aquí, conoci-

dos y desconocidos... ¿Quién puede recordar las horas que ha dedicado, después de haber escuchado tantas veces a muchas personas, a muchas almas, en los distintos ministerios sacerdotales? No podemos olvidar también su presencia en otras áreas de nuestra Iglesia diocesana.

Al final de su existencia, fue purificado por el dolor en esta última etapa de su peregrinación y de su vida. Bajo la compañía de su familia, y de la presencia de sus hermanos sacerdotes, él fue purificando y entregando paulatinamente su corazón al Señor.

Hermanos míos, cuando uno de nuestros sacerdotes, aunque sea anciano, pasa a la eternidad, nuestro corazón siente algo en lo más íntimo de su propio ser. Y nuestro corazón vuela a nuestro Seminario diocesano. Y esa oración por nuestro hermano sacerdote se torna también en una súplica al Buen Dios para que nos conceda buenas y santas vocaciones al ministerio sacerdotal.

A lo largo de su vida, cuántas veces sus labios han pronunciado el nombre de Santa María. A la Virgen Madre, Madre especialmente de los sacerdotes, le encomendamos a nuestro hermano y le pedimos, al mismo tiempo, que nuestro corazón se llene de esperanza, porque tenemos la certeza de que el Señor nos tiene preparado un camino, un camino que nos lleve a ese lugar, recordad el Evangelio

de Juan. Él nos tiene preparada esa morada, la morada preparada por el Dios de Misericordia para cada uno de nosotros, desde el principio de la existencia.

Seamos fieles. Luchemos por ser fieles mientras Él, el Señor, el Crucificado-Resucitado no nos lleve consigo, para que donde esté Él, también estemos nosotros. En esos cielos nuevos y esa tierra nueva, que el apóstol San Pablo dice que ni ojo vió, ni oído oyó, lo que Dios tiene preparado para los que Él ama. Entre esos amados de Dios están nuestros sacerdotes. Hoy, de manera especial, está nuestro hermano Alfredo.

Somos afortunados, hermanas y hermanos míos. La fe nos indica cuál es el Camino: Jesucristo. Y también nos dice cuál es la meta: cielos y tierra. Vistos y contemplados desde esa gran eterna novedad en una dimensión desconcertante. Mientras vivimos en esta esperanza, luchemos por ser fieles, cada uno de los que estamos aquí, en nuestra vocación y a nuestra vocación. Vivamos la exigencia de nuestros compromisos cristianos como creyentes siendo conscientes de la ternura de nuestro Padre rico en misericordia. Amemos y queramos, cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, a esta que es Madre y Maestra, la Madre Iglesia, que hoy nos acoge a cada uno de nosotros, en este momento de oración por un hermano nuestro sacerdote en su tránsito a la

eternidad. Y que ella, la Madre Iglesia, nos acoja a cada uno de los que estamos aquí, de tal manera que nos ayude a descubrir cuál es la voluntad de Dios.

A lo largo de la vida, la biografía de nuestro hermano se fue desgranando paulatinamente en un sinfín de lugares, de manera especial en Parada de la Sierra, en San Vicente de Labayo, en San Lorenzo de Pentes, en San Juan de Barja, en Santa María de Riós, en Santa María de Castrelo de Cima, en Santa María de Feoz de Rey, en Santiago de Cuba y en otros muchos lugares donde la presencia de nuestro hermano ha sido, y ha querido ser, un signo de la presencia del Crucificado-Resucitado.

Hoy nosotros, hijos de esta Iglesia, Madre y Hermana nuestra, nos unimos en oración pidiendo por aquel que sintiéndose como peregrino fascinado por el absoluto de Dios, entregó su vida, en un momento determinado de su existencia, y hoy, esa existencia suya ha sido acogida por las manos de Dios misericordioso, en el seno de la Iglesia, y vamos a enterrar su cuerpo. Y lo enterramos como un símbolo, de tal manera que así como la semilla tiene que enterrarse en el surco para que dé fruto, que nuestro hermano sacerdote, enterrado en el surco de esta tierra, dé fruto, un fruto de vida eterna. Que así sea.

+ *J. Leonardo Lemos Montanet*
Bispo de Ourense

Homilía pronunciada en Portugués
en la parroquia de Santa Eufemia de Calheiros, Diócesis de Viana do Castelo.
16 de septiembre de 2012

Excmo. y Rvmo. Sr. D. Anacleto Cordeiro, Bispo de Viana do Castelo, Sr. Bispo emérito, autoridades aquí presentes, Rvdmo. P. Jorge, párroco de esta comunidad, Sacerdotes, religiosos, Hermanas y hermanos míos en el Señor, fieles devotos de Santa Eufemia.

En primer lugar, quisiera agradecer al Sr. Obispo que, por medio de D. Jorge, me ha invitado, como Obispo de la Sede episcopal hermana de Ourense, a participar y presidir esta santa Eucaristía. ¡Gracias!

Sabemos bien que toda Eucaristía es una acción de gracias a Dios Padre, por su Hijo Jesucristo, que, con la fuerza del Espíritu Santo, nos reúne en el seno de la Santa Iglesia para agradecerle sus bienes, tanto aquellos de los que somos conscientes como los que ignoramos, que son muchos. En esta ocasión lo hacemos porque nos une, como católicos, nuestra devoción a esta joven mártir –Santa Eufemia– que, a pesar de los siglos que nos distancian de su existencia histórica, sigue siendo, todavía hoy, un reclamo de fidelidad y de santidad.

Los santos, y, de manera especial, los santos mártires, por haber encarnado en su propia existencia la fe en la persona viva del Crucificado-Resucitado, en Nuestro Señor Jesucristo, son siempre actuales. Su santidad los ha convertido en los mejores hijos de la Iglesia, por eso hoy, en este “Día del Señor”, en la fiesta de los cristianos que es el Domingo, nos une la memo-

ria viva de la presencia protectora de Santa Eufemia.

A punto de que se inicie el *Año de la Fe*, volvemos la mirada de nuestro corazón a Santa Eufemia, y, a ella, le pedimos la fortaleza necesaria para ser testigos vivos de nuestra fe en Jesucristo; no de una fe cualquiera, ni siquiera de un código de conducta que podamos adaptar a nuestros gustos y criterios. La fe que nos hace libres es ese don de Dios, recibido en el seno de la Iglesia Católica, que nos da un horizonte nuevo para nuestra vida.

Sin embargo, en los últimos años, en gran parte de los países que formamos parte de esta vieja Europa, se ha comprobado que la belleza de la fe y la alegría de su transmisión ya no son una realidad viva y presente en muchos de nuestros pueblos, de ahí que el Santo Padre, Benedicto XVI, siguiendo las proféticas instrucciones de sus últimos predecesores, sobre todo del Siervo de Dios Pablo VI y del Beato Juan Pablo II, ha invitado a todos los hijos de la Iglesia a una nueva evangelización. No se trata de anunciar un Evangelio nuevo, sino que la invitación es a darle un impulso nuevo. La evangelización de ahora es la de siempre; y, si es en un sentido “nueva”, lo es en razón de los nuevos tiempos en que somos llamados a ejercerla.

Evidentemente, entre los tiempos en los que vivió nuestra santa protectora, Santa Eufemia, y los nuestros, hay mu-

chas diferencias; es más, nadie puede negar que los momentos históricos en los que transcurrió su vida fueron mucho más difíciles que los nuestros y, a pesar de todo, perseveró en su fidelidad a Jesucristo y a la Iglesia.

Hoy, igual que ayer, el hombre y la mujer de nuestro tiempo, especialmente los jóvenes, “*escuchan más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o, si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio*” (E.N. 41).

En el hombre contemporáneo que parece rechazar a Dios y a su Iglesia, crece la tentación de volverse a los ídolos, sin darse cuenta del vacío interior que existe en sus existencias, a pesar de los muchos sucedáneos que le ofrece nuestra sociedad de consumo, cada vez más fuertemente paganizada.

Nuestra mártir, aún siendo muy joven, dio su vida porque no quiso dejarse seducir por la vaciedad de los ídolos y del paganismo imperante en su siglo, ¡lo que estaba de moda! Supo ser fiel a Jesucristo y tuvo la certeza, que brotaba de su fe, de que unidos a Jesucristo no somos unos peregrinos hacia el abismo, hacia el silencio de la nada o de la muerte, sino que somos caminantes hacia una tierra de promisión, hacia Él mismo, que es el Alfa y la Omega de nuestra historia, principio y fin de nuestra existencia; es decir, Jesucristo es nuestra meta y también nuestro principio. Sin Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida, la existencia personal y el propio mundo se convierte en un absurdo,

por mucho que quieran camuflarlo las modas y los dioses modernos, ¡que los hay! ¡y muchos más que en los tiempos de Santa Eufemia!

¡Hermanas y hermanos míos! De manera especial vosotros, jóvenes de esta comunidad, no os dejéis atrapar por esas promesas vacías, ni por los rumores de sirena que ensordecen vuestras inteligencias a través de los mensajes anticristianos o antieclesiales que, a fuerza de repetirlos, parece que quieren convertirlos en verdad. Buscad la Verdad y la Verdad os hará libres; solo en ella se encuentran esos contenidos que no pasan nunca.

Aprendamos de los mejores hijos de la Iglesia, los santos. Recordad la vida inquieta y perdida de San Agustín, rota por fuera y por dentro hasta que descubrió que la Verdad era Jesucristo; él mismo nos ha dejado un hermoso pensamiento: “*Buscamos con el deseo de encontrar, y encontramos con el deseo de seguir buscando todavía*”.

Os invito a todos a que no dejéis esa búsqueda; la podemos llevar a cabo con el estudio y el cultivo del conocimiento de la persona y la vida de Jesucristo; así descubriremos que en la medida en que le conocemos a Él (a Jesucristo), y a sus misterios, los amamos, y ésa es la mejor ayuda para vivirlos y anunciarlos; siendo así testigos de la fe.

Mis queridos amigos, el estudio y la reflexión sobre las riquezas de nuestra fe nos ayudará a crecer en el amor, y si nos comprometemos en lograr una buena

formación en nuestra fe, que podemos conseguir mediante el estudio y la meditación sobre las páginas del *Catecismo de la Iglesia Católica*, entonces aprenderemos a vivir con fidelidad y felicidad nuestra propia vida y así podemos convertirnos en apóstoles de apóstoles, dando una buena formación a nuestros coetáneos, que “andan como ovejas sin pastor”, y lo haremos con nuestro testimonio de vida.

En este gran pueblo portugués, hay testimonios muy valiosos para ese XXX de formación en la fe. Recuerdo ahora la doctrina tan espectacular del santo más socorrido en el mundo y más veces nombrado cada día, ese franciscano universal nacido en Alfama, San Antonio de Lisboa. El gran ejemplo de vuestra Reina Santa Isabel, que peregrinó a mi tierra, y el recientemente canonizado, el santo Condestável, San Nuno Álvares Pereira, los tres son fuerte testimonio de la virtud de la pobreza. Como pobre e inteligente fue el Papa portugués Juan XXI, a quien en su pobreza le cayó la casa encima. Pero también el gran evangelizador de todo el norte de la península, y especialmente de mi Diócesis, el gran San Martín de Dumio de la Sede bracarense.

Pero no me gustaría olvidar que, en esa vuestra formación, muy cerca permanecen las publicaciones de vuestro querido Obispo, D. Anacleto, gran conocedor de las Sagradas Escrituras. Yo recomiendo, en este Año de la Fe, la lectura de aquella publicación que él realizaba en el año de San Pablo. Muy práctico, con bellísimas reflexiones para cada semana del año.

Ése es hoy nuestro martirio. Mártir significa “testigo”. Y lo podemos ser si cuidamos nuestra formación, en los principios de la Fe de la Iglesia, nuestra oración y la vida sacramental frecuente. Si lo hacemos así, conseguiremos, no solo ser fieles al proyecto trazado por Jesucristo, *que quiere que todos los hermanos se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad*; sino que también seremos felices. **Fidelidad y felicidad** van unidas. Así nos lo enseña, con el testimonio de su vida, nuestra joven mártir Santa Eufemia; así lo quiere el Señor y su Iglesia. Nos piden que luchemos por ser fieles, porque nos quieren felices.

En una sociedad como la nuestra, la auténtica felicidad encuentra sus raíces más profundas y auténticas en la Cruz redentora de Nuestro Señor Jesucristo. Él se nos presenta hoy delante de nosotros a través de su Palabra, de la Eucaristía celebrada en la Iglesia Santa, y nos pregunta: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* La respuesta viene de labios de Pedro. Mis queridos hermanos y amigos, cuando las dudas sobre la fe sean fuertes, digamos desde lo más íntimo de nuestro corazón: ¡Yo quiero creer con la fe de la Iglesia! Te aseguro que, si actuamos así, seremos fieles y, como consecuencia, seremos felices.

Que Santa María Madre nuestra y Maestra de fe y Reina de los mártires nos conceda esa fuerza en la fe para ser testigos valientes y alegres de Jesucristo en nuestro mundo. Amén.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

**Homilía en la toma de posesión del prof. Dr. D. Jorge Juan Pérez Gallego
como nuevo párroco de San Pedro de Moreiras.
Domingo, 23-9-2012**

Saludos,

Con gozo presido esta celebración eucarística, por primera vez en esta comunidad parroquial de San Pedro de Moreiras. Lo hago en el día del Señor, el día de los cristianos, el Domingo, fiesta semanal de los creyentes, en el que nos reunimos en torno al altar de la Palabra y del Sacrificio, para celebrar la Pascua de Nuestro Señor Jesucristo.

Cada parroquia es, y debe ser, una expresión viva de la fe de la Iglesia Católica, extendida por el mundo entero. Al frente de estas comunidades está un sacerdote –un párroco- que forma parte del Presbiterio de una Diócesis y es uno de los más estrechos colaboradores del Obispo. El sacerdote es, en cuanto administrador de las cosas de Dios que miran a la santificación del pueblo creyente, un servidor. Esta palabra nos da la clave para entender el ministerio sacerdotal: servidor de la comunidad.

Este servicio se centra, prioritariamente, en la predicación de la Palabra de Dios y en la celebración de los sacramentos. Estas dos realidades dan el sentido sustantivo a su ministerio. Las otras tareas del gobierno y de la administración pastoral están dirigidas a la mejor realización de las dos anteriores.

Con la Predicación de la Palabra, que

adquiere una serie de modalidades, el párroco, y con él, los administradores parroquiales, y los demás sacerdotes, se esfuerzan por formar a los demás fieles en las cosas que se refieren a Dios y a la salvación eterna. Esa predicación nos es solo la homilía, -que normalmente debe ser breve y bien preparada- sino también la catequesis y las demás actividades formativas, como puede ser el coordinar equipos bíblicos para que los fieles conozcan y se alimenten de las Sagradas Escrituras.

Para que este servicio sea fecundo y no se convierta en un suplicio para los fieles, debemos acoger aquellas palabras del Concilio Vaticano II que nos recuerda que los sacerdotes, “para no volvernos predicadores vacíos de la Palabra”, debemos leer y contemplar la Palabra de Dios en la oración cotidiana, haciéndola carne de nuestra propia existencia y así la podemos transmitir a los hermanos, sobre todo en los actos litúrgicos. El sacerdote sabe muy bien que si desconocemos la Sagrada Escritura, desconocemos a Jesucristo y en lugar de predicar la Buena Nueva de Jesús, predicamos opiniones personales, doctrinas humanas, o lo que es peor, podemos confundir el lugar santo de la predicación de la Palabra de Dios y exponer nuestras opiniones personales, generando así desconcierto y desasosiego en nuestros hermanos laicos, y no nos olvidemos, mis queridos hermanos y

hermanas, de lo que nos decía el apóstol Santiago en la liturgia de la Palabra de la Misa de hoy:

“Donde hay envidias y rivalidades, hay desorden y toda clase de males. La sabiduría que viene de arriba, ante todo, es pura y, además, es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera. Los que procuran la paz están sembrando la paz, y su fruto es la justicia” (Santiago, 3, 16-4,3)

¡Su fruto es la justicia! Lo sabemos muy bien, la justicia en terminología bíblica es lo mismo que santidad. Mis queridos hermanos y amigos sacerdotes, en especial tú, D. Jorge, a quien te he llamado con el auxilio de Dios, para que pastorees en nombre del Obispo esta comunidad y las de Santa María de Trelle y Santa María de Xestosa, te ruego que luches por adquirir la “sabiduría que viene de arriba”, es decir, la ciencia de la santidad, para convertirte en un santo sacerdote, en un servidor bueno y fiel, en un hermano de los hermanos sacerdotes. Sabes bien que si hacemos así seremos constructores de paz, y el obispo podrá contar con tu colaboración sincera y con tu disponibilidad para extender el mensaje del Reino de Dios.

Tenemos una gran tarea y, secundando las palabras del apóstol Santiago, quisiera deciros, mis queridos hermanos y hermanas, que debemos convertirlo en programa de vida, porque –como recientemente decía el Papa– *“no se puede consentir que el mal triunfe por la pasividad*

de los hombres de bien. Sería peor que no hacer nada”.

Además de la predicación de la Palabra, que antes debe ser leída, meditada y contemplada, el sacerdote celebra los sacramentos y, en especial, preside la Eucaristía, y lo hace en nombre de Jesucristo, cabeza de la Iglesia. Debemos cuidar mucho nuestra manera de celebrarla, sin hacer cosas extraordinarias o llamativas, siendo conscientes de que nadie –ni el sacerdote por cuenta propia– debe añadir o quitar nada en la celebración de la Eucaristía. Cuando comenzamos a celebrarla mal, con prisas, por cumplimiento -o lo que sería peor, por un estipendio irregular-, estaríamos cometiendo un atentado contra el corazón de la Santa Iglesia.

Por último, el sacerdote es, en nombre de la Iglesia, administrador de los bienes materiales. De ellos debe preocuparse, pero no puede dejar que su corazón quede atrapado por ellos. A través de esos bienes, debe ayudar al as necesidades de la Iglesia y, de manera especial, en este momento de crisis, de aquellos en los que se hace más visible el rostro de Jesucristo, los más necesitados.

Mi querido hermano en el sacerdocio, hoy inauguras tu ministerio pastoral en estas comunidades que te asigna tu obispo, no te olvides que, si todos los cristianos somos Iglesia, de manera especial el obispo y el sacerdote son el rostro singularísimo de esta Iglesia a la que queremos y a la que deseamos servir como ella quiere ser servida. Sé fiel, sé constante en tu

oración, sé amable con los fieles, llénate de paciencia y ternura con los niños. Te ruego que atiendas a los enfermos y que, con la prudencia de los buenos sacerdotes, insistas a tiempo y a destiempo para lograr la conversión de los corazones. Preocúpate de las vocaciones y, sobre todo, sé vínculo de unión y de comunión entre los sacerdotes.

Por otra parte, no te olvides que, a través de la fidelidad sacerdotal, te con-

vertirás en un testigo creíble de la labor apostólica de la Santa Iglesia.

Que Santa María –dos de tus comunidades están bajo la advocación de María– que Ella, Madre de los sacerdotes, te proteja como Madre, te aliente como Maestra de Fe y te mire con dulzura, Ella que es vida y esperanza nuestra. ¡Que así sea!

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en el Santuario de La Saleta, parroquia de San Facundo de Cea. 23-9-2012

Querido Sr. Obispo de Astorga, querido Sr. Cura-Rector de este Santuario, fieles devotos de la Santísima Virgen.

Con las palabras del Evangelio me dirijo a vosotros, en este día del Señor, en el Domingo, “Día de los Cristianos”.

“Quien quiera ser primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc. 9 30-37).

Por el camino, los discípulos habían discutido sobre quién sería el más importante, ¡Os dais cuenta de la mezquindad del corazón humano!

Jesús va instruyéndoles a lo largo del camino de la vida y les habla de que Él va a ser entregado a los hombres y lo matarán y, después de muerto, a los tres días, resucitará.

Aquello que les sucedía a los apóstoles es algo que se repite frecuentemente en nuestra vida de creyentes. Domingo tras domingo hemos escuchado el Evangelio, quizá tenemos la bendita costumbre de leerlo en nuestras casas, como hacen nuestros hermanos cristianos separados. El mismo Señor, a través de la Iglesia, nos enseña y nos comunica el camino de la Vida y, quizás, muchas veces, seguimos enzarzados o preocupados por nuestras cosas, similares a las de los apóstoles que, desentendiéndose de las palabras de Jesús, se entretenían discutiendo sobre quién sería el más importante cuando muriese Jesús.

Esta escena del Evangelio nos sirve para entender el plan de Dios sobre nuestras vidas, a través de María. Es Ella la que nos está hablando al corazón para

convertirnos, ese es el sentido último de sus apariciones.

La de la Saleta, que tuvo lugar el 19 de septiembre de 1846, es una aparición de la Virgen muy peculiar, de las primeras del siglo XIX, antes de Lourdes (1858) y después de la Medalla Milagrosa (París, 1830).

María se muestra a dos pastores: Melanie y Maximin. Parece que la Madre de Dios quiere seguir las enseñanzas de su Hijo, Jesús. En el texto del Evangelio de hoy –de este domingo– para responder a las pretensiones de sus discípulos de querer saber quién sería el más importante, les responde que el más importante será el último y el servidor de todos. El Señor les enseña a descubrir que el mejor señorío de los cristianos es servir.

Pero el Dios-Hecho-Hombre acompaña sus gestos con doctrina; es decir, las palabras y los hechos están intrínsecamente unidos, de ahí que llamó a un niño y lo puso en medio de ellos, lo abrazó, y les dijo: *“El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado”* (Mc. 9,36). Los niños, con la sencillez de su corazón y con la simplicidad de su existencia, se convierten muchas veces en “altavoces del querer de Dios”.

Fijaos, mis queridos hermanos y hermanas, en la aparición de la Virgen en aquellas estribaciones de los Alpes franceses, donde el cielo y la tierra parecen

tocarse –todavía recuerdo con emoción mi visita a aquel santuario–, allí, en aquel lugar de paz, se apareció la Madre de Dios, vestida como una campesina de aquellos lugares, pero adornada con unos objetos que nos sorprenden todavía hoy cuando los contemplamos con ojos excesivamente racionalistas: de su cuello colgaba una gruesa cadena con un crucifijo, y de ese crucifijo pendían un martillo y unas tenazas. ¡Curiosa decoración! Aquella bella señora se les muestra con los ojos llenos de lágrimas.

¿Cuál es el sentido? La Santísima Virgen aparece con los signos relacionados con la pasión del Señor; pide conversión por los pecados y, de manera especial, habla de varios: la gente no observa los domingos y falta a la Misa y trabaja como cualquier otro día. Cuando van a la iglesia, porque no tienen otra cosa que hacer, van para burlarse de la religión. Otro de los pecados que le causa especial dolor son los juramentos y las blasfemias.

¡Ay mis hermanos y hermanas! Qué podrá pensar hoy la Virgen al contemplar nuestras vidas, tantas veces rotas, con tanta desafección contra la Iglesia, con la carestía de vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal, con tanta infidelidad...

Por eso, debemos acudir a Ella, la Omnipotencia Suplicante, y suplicarle aquello que más necesitamos, ¡que nos conceda Fe! Una fe fuerte y valiente, una fe coherente que encuentre una adecuación en nuestras vidas. Doctrina y Vida tienen que ir juntas. Como aquellos pastorcillos, pongá-

monos en las manos de la Virgen para que nos cure de nuestros males, sobre todo de la incredulidad y de una vida paganizada y podamos emprender el camino de una auténtica vida cristiana, convirtiéndonos en esos testigos de Jesucristo y de su Evangelio, que es la Buena Nueva, de tal modo

que nos sintamos Iglesia y, como tal, podamos llevar a cabo esa nueva evangelización de nuestros hogares, de nuestros pueblos y de nuestro país. Amén.

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilía en la fiesta de Nuestra Señora de la Merced. Centro Penitenciario de Pereiro de Aguiar. Ourense, 24-9-2012

El báculo es un bastón: un bastón de Pastor que tiene el Obispo, como Pastor de esta Grey que hoy celebra la fiesta de Nuestra Señora de la Merced!

Con las Palabras del Evangelio que acabamos de proclamar, os digo: *“Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios”*. (Ga 4, 4-7).

En la fiesta de la Merced, patrona de este Centro, y de todos los centros penitenciarios de esta tierra, la gran noticia que nos sorprende con su fuerza y su ternura, es que somos hijos de Dios. Independientemente de nuestras situaciones en la vida: somos hijos e hijas de Dios. Esa gran idea brota con fuerza en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, el hijo de Santa María, he ahí la gran “merced”; somos hijos. Es el impagable regalo que Dios, Nuestro Padre, nos concedió, gracias a la fidelidad de aquella gran mu-

jer de nuestra raza, de nuestra tierra, de esta tierra que habitamos los hombres. No es una diosa, María, digan lo que digan otros. María es una criatura, de la misma realidad que tú y que yo, pero que en un momento determinado supo ser fiel al proyecto de Dios. Un proyecto que en un primer momento, ella misma ignoraba. Y fue capaz, desde su pobreza, desde su poquedad, de decir “*hágase*”, cúmplase. Y gracias a su “sí”, la realidad del Dios se hizo presencia dentro de nuestra historia.

Una de las realidades más fuertes del cristianismo es nuestra filiación divina. Somos hijos gracias a Él, gracias a Aquel que se hace y es verdaderamente Hijo de Dios. Fijaos, vivimos en una realidad en donde se nos presentan un montón de religiones, es verdad, pero la dinámica que brota de la religión cristiana es siempre muy positiva. Es precisamente esta.

Somos conocedores de tantas religiones en la historia de la humanidad, pro-

fundas, interesantes, con grandes realidades a lo largo de su historia. También con faltas, como la nuestra. Porque la religión no es un regalo, no es un producto, sino que la religión brota de lo más íntimo del corazón del ser humano, y en la medida en que ese corazón es libre, brota también una manera de vivir esa unión con ese misterio que nosotros llamamos Buen Padre Dios. Pero la realidad revolucionaria del cristianismo es que el Dios, se hace carne. Asume nuestra naturaleza, nuestra pobreza, nuestra miseria, nuestro pecado, para redimirlo, es decir, para transformarlo. Fijaos que aquel hombre, tan grande en la historia de la humanidad que incluso los no creyentes lo contemplan como un gran filósofo, que fue Agustín de Hipona, decía: *“oh, feliz culpa, que nos ha merecido semejante Redentor”*. Y cuando decía “feliz culpa” se refería al misterio del pecado. Porque esto es lo que ha hecho que ese Dios. No es un Dios situado en el olimpo de la humanidad, en esa especie de hipercielo, que en realidad solamente existe en la fantasía del ser humano pero no tiene ninguna realidad concreta, esos dioses que contemplamos tantas veces en la literatura clásica, no es el lugar en donde existe Dios.

Hermanas y hermanos míos: ese cielo y esa tierra nueva se entrecruzan en el corazón del ser humano, y ahí está ese Dios. Por eso, un gran cristiano que fue el apóstol Pablo, dijo: en él somos, nos movemos y existimos. La gran verdad revolucionaria del cristianismo es que nuestro Dios se ha hecho hombre. Y se

hizo hombre a través de María, la Virgen Madre. Podemos decir que gracias a la gran merced de María, hoy, vosotros y yo, si abrimos nuestro corazón a este Dios Padre bueno, podemos ser, y nos sentimos, como hijos de Dios.

A Él no le interesa nuestro expediente, no le interesa nuestra historia concreta; nos conoce perfectamente. Este Dios, a través de la mirada tierna de nuestra Madre, Señora de las Mercedes, quiere ayudarnos en este día de fiesta a que descubramos, hermanas y hermanos míos, mis queridos amigos todos, a que a través de ella, a través de María, la Virgen Madre, descubramos esa ternura de la mirada de Dios, que quiere mirarnos a nuestro corazón, para redimirnos, para purificar nuestra memoria, nuestra propia historia personal, sabiendo que en la medida en que nosotros descubramos toda esa historia a través de la luz de Dios tendremos más fuerza para luchar, para recuperarnos, para ser lo que tantas veces nos recordaba el Beato Juan Pablo II, esos ciudadanos constructores de paz, de amor, de comprensión... ser, de algún modo, testigos de este Dios de la tolerancia que es el Dios cristiano, Nuestro Señor Jesucristo.

Hablar de María, Nuestra Madre la Virgen, en una comunidad de creyentes, es siempre hablar de la gran mujer redentora. Fijaos: el Apóstol Juan, en este fragmento tan pequeño y tan hermoso que acabamos de contemplar, aquel apóstol casi adolescente, vivió el dramatismo de Jesús. Una página cargada de un pro-

fundo dramatismo que todavía hoy nos llena de emoción. A los pies de la Cruz de Jesús estaba María, la Madre de Jesús, el discípulo a quien tanto quería... y en aquel momento, se oye una palabra que fue un testamento. Y ese testamento llega a tu corazón y al mío: “*Mujer, ahí tienes a tu hijo*”. En aquel hombre joven, en Juan, estábamos todos representados. Somos hijos de María.

Dejémosnos ganar el corazón a través de esta Madre nuestra, la Virgen, Señora de las Mercedes, y recojamos esa oración sencilla que brota tantas veces de nuestros corazones, aunque no se muevan nuestros labios. Hay una oración hermosa, antiquísima en la historia de la Iglesia, no sabemos de qué año, posiblemente del siglo III; se ha encontrado en un antiquísimo manuscrito, y dice:

“Acuérdate, oh Virgen Madre de Dios, cuando estés delante del Señor, de decirle cosas buenas de mí.”

Os invito a que repaséis en vuestro corazón, en el silencio de vuestras vidas, que es necesario, y tantas veces estamos en silencio, que recojáis el sentido de esta oración.

“Acuérdate, oh Virgen Madre de Dios, Señora de las Mercedes, cuando estés delante del Señor, de decirle cosas buenas de mí.”

Tenemos la certeza de que María, la Virgen Madre, está siempre delante de Dios. Tenemos la certeza de que ella, como todas las madres, cubriendo con la ternura de su misericordia nuestra historia, pasada y presente, dirá siempre cosas buenas de nosotros ante Dios. Por eso, al contemplar la mirada de la Madre, siempre brota en nuestro corazón la esperanza. Ella que es vida, dulzura, también es esperanza nuestra.

No desesperemos, hermanas y hermanos míos; si nos agarramos a María, si nos fiamos de ella, creed que Nuestra Señora de las Mercedes, nos concederá aquello que necesitamos, tanto a nosotros, como a los nuestros. Incluso nos concederá esos bienes que tantas veces acontecen en nuestra historia personal y casi siempre lo ignoramos.

“Acuérdate, oh Virgen Madre de Dios, cuando estés delante del Señor, de decirle cosas buenas de mí.”

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

NOTAS:

- 1 Antes de comenzar la homilía, el báculo del Sr. Obispo cae al suelo y se rompe, motivo por el cual aprovecha para comenzar explicando su simbolismo.

**Celebración do envío dos Educadores da Fe.
Santa María Nai. Ourense, 28 de setembro de 2012**

Meus benqueridos irmáns

Ás portas do comezo do Ano da Fe, celebramos esta Eucaristía na que imos realizar un rito moi sinxelo, pero suxerinte e expresivo: o envío para ser testemuñas e educadores da fe, sen esquecer que o máis importante e valioso é ser antes testemuñas auténticas, se queremos ser bos educadores e transmisores da Fe da Igrexa.

Na liturxia da Palabra, o autor da *Carta ós Hebreos* convídanos a facer memoria de Abraham, pai na fe dunha multitude de crentes. Movido pola fe obedeceu a Deus e púxose en camiño. Igualmente, cada un de nós, tendo recibido o don da fe, poñémonos en camiño, ó inicio deste novo curso, acollendo a chamada que nos fai a Igrexa e, fiándose de vós, entregavos a intelixencia e a vida das persoas de nenos, mozos e persoas maduras, para que lles axudedes a acender nas súas vidas a luminaria da fe no Resucitado.

Así como Abraham saíu da súa terra, sen saber a onde ía, vós tamén, movidos pola fe, estades dispostos a convertervos en sementadores de paz, de ledicia e, de maneira especial, de esperanza, virtude que hoxe está moi desvalorizada a causa da perda da perspectiva da eternidade.

Movidos polo don da fe, alimentado pola comunión da Igrexa, sabemos que non temos aquí unha morada permanente: somos, en palabras do apóstolo

Paulo: “cidadáns do ceo”. Esta certeza non nos leva a nos desentender das realidades cotiás do noso mundo finito, obra do Bo Deus, senón que, na medida en que nos comprometamos en transformalo co dinamismo da fe, estaremos construíndo os “novos ceos novos e terra nova” nesta etapa de peregrinos fascinados polo Absoluto.

A fe é como esa enerxía misteriosa que, acollida nas nosas vidas, transforma as nosas existencia de forma ilimitada. No caso de Abraham, levouno a ir máis aló das fronteiras do seu pobo e da súa familia. No noso caso, o dinamismo da fe axudaríanos a saír de nós mesmos e a lanzar “as redes” no nome do Señor (Lc. 5,5).

Permitídemme que me centre nesa alegoría de “lanzar as redes”, para min moi querida, po ter nacido a carón do mar. Acollendo a fe e revitalizándoa co estudio, a reflexión, a contemplación das verdades e misterios da nosa relixión, non só se fortalece, senón que nos convertemos en “pescadores de homes”. En tempos de Xesús, as faenas da mar eran habituais entre os seus seguidores e, por tanto, o Señor empregaba aquelas realidades coñecidas para dar unha ensinanza. Hoxe en día, esta circunstancia mariñeira, e máis nestas nobres terras do interior de Galicia, non é unha realidade cotiá; sen embargo, si o son as novas “redes” da comunicación.

Por qué vos digo isto? Tédesevos fixado na actitude dos nenos e dos mozos? Case todo o día, de maneira especial nos seus moitos tempos libres, están “enganchados” ás novas redes da comunicación. Aí están os novos mares nos que temos que lanzar as “redes”. Debemos formarnos ben e prepararnos na utilización destes medios para que, a través deles, atopemos a canle adecuada para anunciar a Fe.

Este é un dos sentidos da nova Evanxelización; non se trata de reinventar un Evanxeo novo, como pensan algúns, senón que é necesario anunciar con novas formas, empregando todas as canles oportunas para facer máis próximo e crible o Evanxeo de sempre.

Meus queridos amigos: estamos a comezar un curso, tanto catequético como académico. Quero que saibades que o voso Bispo se apoia na vosa fidelidade e entrega. A causa de Xesucristo e da súa Igrexa é a mellor das causas nas que nos podemos comprometer. Axudade, contando sempre coa liberdade persoal, a todos eses nenos e mozos a que descubran no Señor a Aquel que é o único Camiño de Verdade que nos conduce a unha vida auténtica. Unha vida que nos leva a un auténtico progreso do

máis humano desta persoa que o Señor pon nas nosas mans.

Poñede o voso corazón nas mans da Igrexa, Nai e Mestra, porque ela nos manifesta o auténtico rostro do Crucificado-Resucitado. Non teñades medo ó que vos poden dicir, nin ó que poden pensar de vós por ser testemuñas cribles da vosa fe en Xesucristo. Convencédevos de que podemos ser máis auténticos na nosa vida cotiá e máis coherentes en medio desta sociedade fachendosa e autosuficiente que pretende apartar e esquecer ó Bo Deus, Pai do Noso Señor Xesucristo.

Convencédevos de que, para ser fieis ós nosos compromisos bautismais, que imos renovar nesta celebración, precisamos a axuda da oración e dos sacramentos. Coidemos estes dous “contrafortes” da nosa misión docente e catequética, e así seremos testemuñas cribles da Fe.

Que Santa María Nai de Deus e da Igrexa sexa para nós Mestra de fe e modelo de fidelidade ó Pai Misericordioso, Señor e dador de vida. Amén.

+ *J. Leonardo Lemos Montanet*
Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 6 de agosto de 2012, el Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

- **Vicario General:** *Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias*
- **Vicario de Pastoral:** *Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez*
- **Vicario para la Nueva Evangelización:** *Ilmo. Sr. D. Francisco José Prieto Fernández*
- **Moderador de Curia:** *Ilmo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez*
- **Vicerecanciller:** *Ilma. Sra. Dña. Rosario Blanco Ríos*
- **Delegado del Clero:** *Rvdo. Sr. D. José Gallego Borrajo*
- **Vicedelegado del Clero para la zona Este:** *Rvdo. Sr. D. Tomás Delgado Gándara*
- **Vicedelegado del Clero para la zona Oeste:** **Rvdo. Sr. D. Santiago Fernández Carballo**

El **Consejo Episcopal** de esta Iglesia particular de Ourense queda constituido, a partir de la fecha, de la siguiente manera:

- *Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias, Vicario General*
- *Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez, Vicario de Pastoral*
- *Ilmo. Sr. D. Francisco José Prieto Fernández, Vicario para la Nueva Evangelización*
- *Ilmo. Sr. D. José Antonio Gil Sousa*
- *Ilmo. Sr. D. José Ángel Feijóo Mirón*
- *Ilmo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez, Canciller-Secretario y Secretario del Consejo.*

Con fecha 14 de agosto de 2012 ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. Jacobo Curto Polo** como Administrador parroquial de San Martín de Arauxo; al **Rvdo. Sr. D. Digno González Diéguez**, como Administrador parroquial de San Miguel de Vilardevós.

Con fecha 16 de agosto de 2012 ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. Manuel Sampedro Pérez** como Administrador parroquial de San Cipriano de Rouzós y de

Santa María de Amoeiro; al **Rvdo. Sr. D. Emilio Fernández Fernández** como Administrador parroquial de San Julián de Rivela.

Con fecha 23 de agosto de 2012 ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. David Justo Rodríguez**, Párroco de San Pedro de Garabás y Administrador parroquial de Santa Baia de Pereda, de San Miguel de Vilaseco, y de San Pedro de Mandrás

Con fecha 24 de agosto de 2012 ha nombrado al **Ilmo Rvdo. Sr. D. José Ángel Feijóo Mirón** como Director y Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana de Ourense.

Con fecha 30 de agosto de 2012, a propuesta del M. Rvdo. P. Eblerino Diez Llamazares, C.M., Visitador de la Provincia de Salamanca, de los Padres Paúles, el Obispo de Ourense, Monseñor Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. P. Marcial Gómez Borrajo, C.M.** como Párroco de La Milagrosa; al **Rvdo. P. José Rodríguez López, C.M.** como Vicario parroquial de La Milagrosa y al **Rvdo. P. Urbano Rodríguez Blanco** como Vicario parroquial de La Milagrosa.

También en la misma fecha, de conformidad con lo que establece el canon 502, §1, el Obispo de Ourense, Monseñor Leonardo Lemos Montanet, ha constituido el nuevo **Colegio de Consultores**, nombrando libremente para el mismo a los siguientes sacerdotes del Consejo Presbiteral:

- *Ilmo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias, Vicario General*
- *Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez, Vicario de Pastoral*
- *Ilmo. Sr. D. Francisco José Prieto Fernández, Vicario para la Nueva Evangelización*
- *Ilmo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez, Canciller-Secretario*
- *M. I. Sr. D. José Antonio Gil Sousa, Director del Instituto Teológico Divino Maestro*
- *Rvdo. Sr. D. José Gallego Borrajo, Delegado Episcopal para el Clero*
- *Rvdo. Sr. D. José Feijóo Álvarez, Sacerdote jubilado*
- *Rvdo. Sr. D. Jorge Eugenio Estévez Álvarez, Párroco de San Pedro de Queizás*
- *Rvdo. Sr. D. Miguel Blanco Grande, Administrador parroquial de San Juan de Randín*

El Colegio de Consultores, a tenor de lo que prescribe el citado canon, ejercerá las funciones que le son propias durante el período de cinco años a partir de la fecha de su constitución; sin embargo al cumplirse el quinquenio seguirá ejerciendo las mismas funciones en tanto no se constituya un nuevo Colegio.

Con fecha 14 de septiembre de 2012 ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. Javier Arce Rodríguez** como Párroco de Santa María de Bóveda de Limia y Administrador pa-

roquial de San Miguel de Padreda, Santa María de Poedo, San Román de Sobradelo, San Juan de Cortegada de Limia, San Bartolomé de Bresmaus, de Santa María de Codosedo y San Pedro da Pena; al **Rvdo. Sr. D. José Victor Bernárdez Rodríguez** como Administrador parroquial de San Miguel de Armeses, San Cipriano de Las, San Juan de Piñeiro de Maside, San Mamed de Rañestres y Santa Comba de Treboedo; al **Rvdo. Sr. D. José Seijo González**, como Párroco de San Pedro de Bande, Administrador parroquial de Santa María de Corbelle, Santiago de Calvos de Bande, Santiago de Nigueiroá y San Juan de Garabelos; al **Rvdo. Sr. D. Jorge Juan Pérez Gallego** como Párroco de San Pedro de Moreiras y Administrador parroquial de Santa María de Trelle y de Santa María de Xestosa; al **Rvdo. Sr. D. Raúl Alfonso González** como Párroco de Santa María de Oimbra, Administrador parroquial de Santa Cruz de San Cibrao, Santa María de Tamagos y Santa María de Tamaguelos; al **Rvdo. Sr. D. Jesús Conde Conde** como Administrador parroquial de Vide de Miño.

Con fecha 20 de septiembre de 2012 ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. Jorge Juan Pérez Gallego** como Delegado Episcopal para la Vida Consagrada.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).
Oficio de difuntos.*

+ El **M.I. Rvdo. Sr. D. Gerardo Salgado Valdés**, Canónigo organista de la S.I. Catedral-Basílica de “San Martín” de Ourense, falleció el día 18 de agosto a los 83 años. El **funeral** tuvo lugar el lunes 20 a las 18 h. en la Catedral de Ourense.

+ El **M.I. Rvdo. Sr. D. José Álvarez Arias**, Canónigo Magistral de la S.I. Catedral-Basílica de “San Martín” de Ourense, falleció el domingo 9 de septiembre a los 89 años. El funeral, fue el lunes, día 10, en la S. I. Catedral.

+ El **Rvdo. Sr. D. Alfredo Suárez Fernández**, falleció el domingo 9 de septiembre a los 83 años. El funeral, tuvo lugar hoy lunes, día 10, en la iglesia parroquial de Verín.

DECRETO DEL SR. OBISPO



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

**NOS, EL DOCTOR D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE.**

DECRETO PENAL

Ya nuestro predecesor ha constatado con dolor que el Presbítero, incardinado en nuestra Diócesis, **D. Gumersindo Meiriño Fernández**, quien ha ejercido parte de su ministerio pastoral en la Diócesis de Santo Tomé, en Argentina, donde, ante las doctrinas erróneas que defendía y enseñaba, el Ordinario de dicha Diócesis, le conminó a un cambio de proceder, sin haber obtenido resultado positivo alguno. Agotados todos los cauces de diálogo con el mencionado sacerdote, este continuó manteniendo sus doctrinas, su militancia y difusión del "Reiki crítico".

Ante esta actitud de D. Gumersindo Meiriño Fernández, el Ordinario de Santo Tomé, en Argentina, procedió a retirarle las licencias para celebrar públicamente los Sacramentos.

Con fecha de ocho de abril de dos mil once, el Santo Padre, Benedicto XVI, le concedió la dispensa de las obligaciones sacerdotales incluido el celibato; el once de mayo de dos mil once, la Congregación para la Doctrina de la Fe, ordena que se emita un **decreto penal** en el que *"se prohíba al orador continuar con la difusión de sus doctrinas heterodoxas bajo pena de Entredicho si este no corrige tales errores"*.

Nos consta que nuestro predecesor no pudo emitir dicho decreto en el tiempo establecido por lo que nos disponemos a emitirlo en este momento, así pues de acuerdo con los cánones 1342 § 1 y 1720, 3,

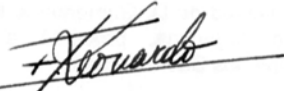
DECRETO

Prohibir a **D. Gumersindo Meiriño Fernández** continuar defendiendo y difundiendo estas doctrinas heterodoxas. De persistir en la defensa y difusión de dichas doctrinas, y de no corregir tales errores de modo público, y con hechos verificables, teniendo en cuenta lo establecido en los cánones 750 y 752 y los referentes a las sanciones penales cc. 1312; 1331; 1332; 1342; 1371-1374 y demás aplicables, con gran dolor, siguiendo las instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe, incurrirá en pena de **Entredicho**, que implica, entre otras prohibiciones, las establecidas en el canon 1332, a saber:

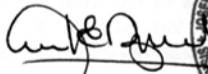
1. tener cualquier participación ministerial en la celebración del Sacrificio Eucarístico o en cualesquiera otras ceremonias de culto (1331§1, 1º).
2. celebrar los Sacramentos o sacramentales y recibir los Sacramentos (1331§1, 2º).
3. una vez impuesto y declarado el Entredicho, si quisiera actuar contra lo que se prescribe en el punto primero ha de ser rechazado o debe cesar la ceremonia litúrgica, a no ser que obste una causa grave (1331§ 2, 1º).

Esta situación se mantendrá hasta que D. Gumersindo Meiriño Fernández acredite de modo fehaciente y público, a juicio del Obispo diocesano, haber corregido tales errores y haber renunciado a tales doctrinas heterodoxas.

Dado en Ourense a veinte de agosto de dos mil doce.



J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense



Por mandato de su Excia. Rvdma.
Manuel E. Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DE LITURGIA

La Homilía

Cuando san Lucas (4,15) pone en boca de Jesús aquellas memorables palabras: “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”, nos presenta a Jesús en los comienzos de su ministerio de predicación de la Palabra, como homileta extraordinario en la sinagoga de Nazaret. En el capítulo 24, 44, Lucas nos muestra a Cristo resucitado explicando las Escrituras a los dos discípulos de Emaús. Ellos experimentaron cómo ardían sus corazones con tal explicación.

Hoy y siempre ha creído la Iglesia que Cristo está *presente realmente* en su Palabra (cf SC 7), continúa anunciándonos el Evangelio (Cf SC 33; OGMR 27, 29, 55; OLM 4) no “in illo tempore” sino “hodie”. Él es la Palabra hecha carne, palabra viva y eficaz que sale a nuestro encuentro y desea conversar con nosotros. Él es el Profeta, el Maestro y la Palabra hecha carne que ha puesto su tienda en medio de nosotros (cf Jn 1, 1-14).

La presencia de Cristo continúa en la predicación de la Iglesia cuando se explican las Escrituras (cf EM 55; AG 9; OLM 24). Presencia de Cristo *por la fuerza y actuación del Espíritu San-*

to (CCE 1100-1102) que hace eficaz y viva esta Palabra para quienes la escuchan “hoy” y “aquí”, en las celebraciones litúrgicas (cf OLM 4).

La misma pedagogía y método, usado por Cristo en la sinagoga de Nazaret, será utilizado por los Apóstoles a partir de Pentecostés para comunicar el Evangelio (cf Hech 13, 15-41) convirtiéndose en modelos de homiletas. El método utilizado por Cristo en la lectura e interpretación de la sagrada Escritura es, exhortarles a profundizar en el conjunto de la misma, “partiendo del <hoy> de su acontecimiento personal (cf Lc 4, 16-21; 24, 25-35. 44-49). Partiendo de su resurrección, el Señor interpreta toda la Sagrada Escritura orientando e iluminando su persona y su misterio. En el AT Cristo “latet”, en el NT, Cristo “patet”.

Época florida de la homilía ha sido la de los SS. PP., cuyas predicaciones han marcado un hito en la historia y han sido modelos imitados e inspiradores hasta hoy. En Occidente destacan S. León Magno, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Gregorio Magno, etc. Entre todos ellos sobresale S. Agustín con numerosos sermones, pero sobre todo por el *De*

doctrina christiana (cuatro libros), considerado el primer tratado exegético-homilético. De una homilía suya sobre el evangelio de Juan son estas palabras: “Sonat Psalmus, vox est Spiritus, sonat Evangelium, vox est Spiritus, sonat *sermo divinus*, vox est Spiritus” (*In Ioann. Evang. Tract 12, 5*).

I. *Qué me propongo en este campo.*

La homilía es una realidad compleja que implica muchos elementos y aspectos. Se puede decir que es una realidad poliédrica con una naturaleza, unas características propias, unos objetivos, regulada por normas, comporta un tiempo y un espacio dentro de la celebración. La homilía se encuadra en la celebración litúrgica, tiene una finalidad mistagógica, es un servicio a la Palabra de Dios, se dirige a toda la comunidad celebrante y se despliega en la celebración de los sacramentos, liturgia de las horas, sacramentales y año litúrgico. Es imposible tratar todos estos contenidos en una charla. Por eso, es preciso optar por algunos y dejar otros para otra ocasión. Me centraré en la *naturaleza* de la homilía, sus *características* (tres) sustanciales y un *breve comentario* a lo que dice de la homilía Benedicto XVI en “*Sacramentum Caritatis*” y “*Verbun Domini*”, dos de los últimos documentos pontificios que tratan explícitamente de este tema.

1) *Naturaleza de la homilía. ¿Qué es?*

Partamos de SC 52, en el capítulo II sobre “el sacrosanto misterio e la

Eucaristía”: dice así: “**Se recomienda encarecidamente, como parte de la misma liturgia, la homilía, en la cual se exponen durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana. Más aún, en las misas que se celebran los domingos y fiestas de precepto con asistencia del pueblo, nunca se omite, si no es por causa grave**”.

Este es, el primer texto de un concilio con las líneas maestras sobre la homilía. Se podría desgranar de este modo:

“La homilía” tiene una naturaleza = es “parte de la misma liturgia”.

Tiene una tarea = “en la cual se exponen”: exponer,

Tiene un recorrido temporal = “durante el ciclo del año litúrgico”,

Sus fuentes son = “a partir de los textos sagrados”,

Sus contenidos son = “los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana”

Cuándo tenerla = “No debe omitirse, a no ser por causa grave, en las misas...los domingos y fiestas de precepto con asistencia del pueblo”.

Etimológicamente *homilía* procede del verbo griego *ómiléo* que significa

“conversar familiarmente”. En términos teológicos, la homilía, en sentido estricto, aparece como un *discurso o una conversación* que explica y actualiza la Palabra de Dios. El Concilio usa dos términos para referirse a este tipo de predicación: *sermón* (cf SC 35, 2) y *homilía* (cf SC 35, 2). Se refiere a ella en cuatro textos (Cf SC 24; 52; 78; DV 24). El término *homilía* comienza a aparecer en el siglo XX (Cf. *Código de Derecho Canónico* del 1917).

El Cn 767 del CDC destaca la homilía “entre (todas) las formas de predicación”. Señalemos lo que la distingue de otras formas. La homilía se diferencia de la “evangelización” o “kerigma”, esto es: el primer anuncio del mensaje de salvación. Consiste en proclamar a Jesús como Dios hecho hombre, muerto y resucitado a los “no creyentes” o a los bautizados evangelizados insuficientemente (LG 17; EN 18 y 24). La homilía podemos decir que siempre es “kerigmática”, puesto que siempre anuncia a Jesucristo como buena nueva de salvación. También difiere de la “didaskalia” o “catequesis”, pues esta es una enseñanza destinada a quienes creen ya en Cristo y han aceptado ya la fe. Es la forma más “didáctica” de la predicación. Es una enseñanza sistemática apoyada en el “Credo”, en orden a una instrucción catecumenal. En la práctica, no siempre los fieles siguen el proceso ideal de evangelización-catequesis-homilía. En los entierros, funerales, fiestas patronales la homilía se dirige a bautizados y a muchos que

no están suficientemente instruidos ni convertidos e incluso a personas alejadas de la fe. Por eso, la homilía debe instruir siempre, enseñar y catequizar, presentando los contenidos esenciales del mensaje cristiano. Pero lo hará teniendo conciencia clara de que está celebrando. Se tendrá en cuenta que la homilía no es una sesión de catequesis ni un discurso teológico ni un curso de exégesis. Tampoco es una lección de teología dogmática o moral o sacramentaria, ni un sermón de gran efecto retórico, aunque puedan entrar en ella elementos pertinentes a los mencionados estilos. En realidad la homilía es la forma más completa de predicación (engloba a las restantes) y une la celebración a la vida.

La homilía es ante todo “parte de la acción litúrgica”, elemento integrante del misterio que se celebra. Que el Concilio haya tenido que decir eso, era entonces absolutamente necesario, puesto que anteriormente no había sido así. En el *Código de rúbricas de 1960* se decía: “Homilía non superponatur Missae celebrationi impediendo fidelium participationem; proinde, hoc in casu, Missae celebratio suspendatur, et tantummodo expleta homilía resumatur” (n 474). La homilía era un paréntesis dentro de la misa y como un obstáculo para la participación de los fieles en la misma. Por eso, el Concilio dio un gran paso adelante estableciendo, como lugar propio de la homilía, la misma celebración. El *OLM* (a. 1981) dirá que es “parte integrante de la Li-

turgia de la Palabra”. La homilía no puede, pues, entenderse sino se sitúa en su contexto, dentro del diálogo de Dios con su pueblo y con la mesa de la Eucaristía formando un solo acto de culto (cf *SC 65*).

La homilía se encuadra entre la proclamación de la Palabra y la profesión de fe de la Iglesia en esa Palabra que debe explicar, de modo que lleve al pueblo a la adhesión al Credo de la Iglesia. La profesión de fe unida a la Palabra proclamada y explicada prolonga la homilía. La homilía es la explicación de la Palabra por el Magisterio vivo de la Iglesia y el Credo es el resumen escrito y profesado del mismo Magisterio. Pero tal Magisterio ha de impartirse sin olvidar que la Palabra se comprende en la celebración del sacramento. Por esta razón la homilía es un acto de Magisterio eclesial ordinario.

El *CDC* cn 767 añadiría a lo anterior que la homilía “está reservada al sacerdote o al diácono”, de modo que esta “predicación se convierta en un acto sacramental y jerárquico” (J. López), donde el ministro actúa “in persona Christi Capitis” e “in nomine Ecclesiae”. La primacía en este ministerio la tiene el Obispo, pero también corresponde al presbítero y también, en su mediada, a los diáconos (*PR 199; 210*). *El OLM n 41* refiriéndose al que preside dice: “el presidente ejerce también su función propia y el ministerio de la Palabra cuando hace la homilía”. Retomando de nuevo el *Cn 667*, 1 po-

demos entender con claridad la orientación magisterial de la homilía. Sobre la facultad de predicar por parte de los laicos, en caso de necesidad (cf. *Cn 766*). Luego, la homilía aparece como una *acción jerárquica y de presidencia* (*OGMR 271; 97; 26*). La homilía es una palabra típicamente ministerial, correspondiente a quienes han recibido el ministerio. Son los obispos, presbíteros y diáconos los llamados a ese servicio. Los laicos, hombres y mujeres pueden ser admitidos a prestar este ministerio en ausencia del sacerdote o diácono (cf *CDC 766*).

La homilía es también una *acción sacramental* y ello significa que cuando es verdadera homilía, Cristo y la Iglesia están presentes y actúan en el homileta. El rasgo teológico propio de la homilía queda plasmado intensamente con la presencia de Cristo y su Espíritu, cuando en la Iglesia se explica la Escritura. La homilía se muestra como prolongación del anuncio de la Palabra. En el año 1967 la EM de la S. C. de Ritos y del “Consilium” insiste en lo mismo: “Cristo se hace presente en su Iglesia... en su Palabra, cuando se lee y <explica> la sagrada Escritura” (n 55).

Destaquemos que la presencia de Cristo lleva consigo la presencia de la Iglesia universal. De la predicación dice Pablo VI que es “un acto de Iglesia y su gesto (del predicador) se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden

de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia” (EN 60). “Cristo está presente y operante en la predicación de la Iglesia” (OLM 24; EN 43) y lo mismo sucede con la Iglesia. Ambas presencias hacen de la homilía una acción sacramental que prepara a los fieles para “una provechosa comunión y los invita a asumir las exigencias de la vida cristiana” (EN 41).

El CDC en el cn 840 refleja lo que pensamos de la homilía cuando decimos que es una acción sacramental: “Los sacramentos del Nuevo Testamento... en cuanto que son acciones de Cristo y de la Iglesia, son signos y medios con los que se expresa y fortalece la fe”. La conclusión es clara: por tanto, la homilía es una acción sacramental, pues es parte de la misma acción (Eucaristía, sacramentos, sacramentales, LH), es un signo magnífico y medio eficaz en orden a expresar y fortalecer la fe.

Por último, destaquemos que la homilía *expone*, “durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana”. Con esto se afirma, el valor mistagógico del año litúrgico, en orden a la educación de la fe. De este modo, la homilía se manifiesta también como el medio mistagógico privilegiado para introducir en él. El año litúrgico no es otra cosa que la celebración (cultural) del misterio de Cristo en todas sus facetas, en el círculo del año. En tal celebración desde adviento a Cristo Rey del universo, la Iglesia

despliegan los misterios del Señor, para que los fieles se encuentren con la gracia y reciban una gran instrucción. El año litúrgico es también el marco natural de la celebración de los sacramentos y sacramentales de la Iglesia.

La homilía ha de “partir de los textos sagrados”, lo cual significa la explicación de cualquier aspecto de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otros textos del ordinario o del propio de la misa del día (“*Inter Oecumenici* 54; cf *OGMR* 41). Además, la homilía tendrá en cuenta “los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana”. Los misterios de la fe se proclaman en las lecturas y en el misterio de Cristo, centro de toda celebración. La homilía domingo a domingo, día a día siguiendo el leccionario, ha de centrarse en estos misterios. Y, dado que la homilía *ha de aplicar la Palabra de Dios a la vida de los fieles*, el homileta extrae de la Palabra proclamada las pautas para el vivir cristiano de los fieles. Así el homileta, explicando la Palabra de Dios, expone los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana.

2) *Las tres miradas de la homilía.*

La homilía, dentro del contexto de la Palabra proclamada y celebrada en la liturgia, ha de orientarse en una *triple dirección* o mantener una triple mirada: a la *Palabra de Dios* que ha de explicar; a la *comunidad celebrante*, en orden a que ponga en práctica la Palabra y al *rito sacramental* que sigue, con el que ha de conectarse la Palabra. De otro

modo, se puede llamar a la *primera* aspecto bíblico de la homilía, a la *segunda* aspecto vital e histórico y a la *tercera* aspecto mistagógico. Se trata de una función *exegética* respecto a la Palabra, de una función *profética* para con la vida de la comunidad y de una función *mistagógica* conducente al sacramento, que se celebra a continuación.

1. *La mirada a la Palabra de Dios.*

La homilía debe estar ante todo atenta a la Palabra de Dios proclamada en las lecturas. Debe ser fiel a la Palabra, servir a la Palabra. No es tan importante como las lecturas, es su continuación, como un cuasi-sacramento de la Palabra viva que ha pronunciado Dios a su comunidad. El homileta no se predica a sí mismo, ni sus ideas, sino lo que Dios quiere transmitir hoy y aquí en esta comunidad. El homileta no predica sus ideas, sino lo que Dios quiere transmitir hoy y aquí en esta comunidad. Como dijo Pablo, “no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesús, Señor nuestro” (2 Cor 4, 5).

La actitud del predicador al preparar su ministerio, no es pensar “qué les digo hoy”, sino “qué nos dice hoy”, porque es Dios quien tiene la Palabra. San Agustín, refiriéndose a la predicación decía a sus fieles: “Lo que os sirvo a vosotros no es mío. De lo que coméis, de eso como yo; de lo que vivís, de eso vivo yo. En el cielo, tenemos nuestra común despensa: de allí procede la Palabra de Dios” (*Sermón* 95, 1).

Los documentos del magisterio insisten cada vez más en la Palabra de Dios como fuente de la homilía: “La homilía se nutre de las lecturas bíblicas que se han proclamado y, en cierto modo, el que predica continúa proclamando las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación” (PPP 12)...”La homilía fiel al Leccionario, expone y aclara los contenidos evangélicos y bíblicos de las lecturas para celebrar el misterio de Cristo y la obra de la salvación” (PPP 14). “Las fuentes de la homilía son todos los textos de la sagrada liturgia. Sin embargo, la especial vinculación que la homilía tiene con la Palabra de Dios, de cuya liturgia forma parte, hace que la primacía de lo que es necesario comentar, la tengan las lecturas que se han proclamado” (PPP 20).

Señalaré a continuación telegráficamente algunos puntos a tener en cuenta para que la homilía sea más fiel a la Palabra:

- Ser fieles a la Palabra superando la dificultad del lenguaje bíblico y teniendo en cuenta que la exégesis ha progresado mucho.

- Mantener algunos criterios espirituales y pastorales de cara a la Palabra: estudiar más la Palabra, la homilía no es exégesis, centrar el mensaje de las lecturas, traducir el mensaje bíblico al presente, conocer los diversos sentidos del texto, tomar en serio el ministerio de la homilía, el predicador debe ser obediente a la Palabra, interpretar la

Palabra es una labor delicada.

Decálogo de la lectura bíblica para la homilía:

1. Las tres o dos lecturas de la Misa se encuadran en el único designio de Dios, pero cada libro tiene sus características. Conviene respetarlas.

2. Cada libro de la Biblia recopila diversas tradiciones (orales y escritas) y son producto de diversos géneros literarios. Por eso, hay desajustes.

3. En la Biblia, los distintos personajes y sus actuaciones son presentados por un interés catequético-actual, para ayudar a sacar enseñanzas de narraciones históricas en el origen. No tienen un interés directamente biográfico en el sentido de hoy.

4. Las comunidades tanto del AT como del NT tuvieron mucho influjo en la plasmación de la Biblia. Los responsables de dichas comunidades coloreaban y adaptaban las narraciones transmitidas de modo esquemático.

5. El mundo oriental transmitía las tradiciones de forma oral y mediante esquemas memorísticos que facilitaban la fijación. La gente aprendía de memoria los pasajes. Así se explican las citas abundantes del AT en el NT, las bienaventuranzas, el sermón de la montaña, etc.

6. El pueblo judío era un pueblo de una notable cultura literaria. La misma

posición de los apóstoles desmiente la creencia común de ser “unos pobres pescadores”. El pescador era un personaje en la Palestina rural y pastoril. Ello nos ayuda a entender la facilidad del proverbio, de la parábola, de la frase sapiencial.

7. La expresión de la fe en Oriente es muy distinta de la de Occidente. Es una expresión concreta, lejana a las abstracciones (más de origen griego). P. e. Amar es hacer como el samaritano y no teorizar sobre el amor al prójimo.

8. El lenguaje habitual de la Biblia es el simbólico, pues siendo concreto expresa plásticamente el pensamiento. La presencia del Dios inaccesible se expresa por medio del fuego, del viento o de la nube, fenómenos difíciles de controlar. Así sucede en Pentecostés.

9. En general, tanto el AT como el NT están escritos con perspectiva paschal. Ello quiere decir que en el AT, incluso los relatos anteriores al Éxodo (Pascua), están influenciados por él. En el NT aparece con más claridad, pues el testimonio apostólico de la resurrección es la base y fundamento de la predicación y de la explicación de la “vida” de Jesús. Muchas narraciones pre-pascuales son presentadas con “una mirada paschal”: el Bautismo de Jesús, la Transfiguración, la multiplicación de los panes, el pasaje de Emaús, etc.

10. Los libros de la Escritura transmiten la verdad que Dios quiso ense-

ñarnos para nuestra salvación (DV 11). La Biblia no responde a curiosidades, ofrece la verdad salvífica quedando al margen los datos científicos o bibliográficos, que no afectan a esa verdad.

2. *La mirada a la comunidad celebrante.*

La segunda “mirada” de la homilía ha de dirigirse a la vida concreta de la comunidad. No se trata de repetir más o menos pedagógicamente el contenido de las lecturas, sino de exhortar y ayudar a que los files presentes reciban la Palabra de Dios, como dicha para ellos. Deben terminar aplicándola a su vida, convencerse de que esa Palabra es viva, actual y les llama a confrontarla con sus decisiones, anhelos, penas y esperanzas. De este modo, la Palabra resonará con toda la fuerza de la presencia de Dios en Cristo y en el Espíritu.

Este es el aspecto *profético* de la homilía: descubrir para bien de todos, lo que nos dice *hoy* y *aquí* la Palabra, cómo se cumple hoy, cómo se aplica a nuestra vida su mensaje. La homilía está condicionada por una comunidad en concreto. Ella es su ámbito, su “teatro de acción” y su destinataria, con las consecuencias que ello comporta.

La audición y veneración de la Palabra por parte de toda la comunidad es fundamental. Es la misma comunidad la que mediante el lector, monitor y salmista debe esmerarse en hacer llegar a todos la Palabra en las mejores condi-

ciones. El Espíritu Santo tiene un papel muy importante en la celebración de la Palabra, respecto a la comunidad: recuerda el sentido del acontecimiento salvífico, da vida a la Palabra, da la gracia de la fe, la fortalece y hace crecer en la comunidad, recuerda a esta todo lo que Cristo ha hecho por nosotros (CCE 1100- 1113). La parte activa de toda la comunidad es *escuchar* atetamente y *dejarse interpelar* por la Palabra para *asimilarla* y *ponerla en práctica*. La escucha de la Palabra y de la homilía es verdadera “participación” y “celebración” por parte de todos.

La homilía es un servicio a la comunidad. El homileta no solo se debe preocupar del *qué*, sino también del *a quién*. A veces no es fácil situarse en la perspectiva más adecuada ante ciertas comunidades. La heterogeneidad de la asamblea es muy frecuente; la disparidad en la actitud religiosa de las personas; las diversas tendencias de la historia, de la comunidad, de la juventud y e la Iglesia dificultan la homilía. Pueden darse en el homileta dos tentaciones: dedicar la homilía a explicar la Biblia solamente o dedicar toda la atención a los acontecimientos actuales. A veces es particularmente difícil tratar ante una comunidad concreta los temas más candentes: de tipo social, familiar, moral, político e incluso teológico.

La homilía será una palabra profética cuando se aplica a la vida de la comunidad. En este sentido son muy ilustrativas las palabras de las *Orienta-*

ciones del Episcopado Español: “El mensaje que proclama (el homileta), tiene que ser creído y aplicado a la vida...no debe exponer la Palabra de Dios solo de modo general y abstracto, sino aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del evangelio. Aplicar la Palabra a la vida será iluminar sobria e inteligentemente las situaciones y las necesidades de la comunidad de los fieles para que, ellos mismos, se miren en el espejo de la divina Palabra y acepten el compromiso de acogerla y de llevarla a la práctica, de forma que el anuncio del mensaje no haya sido en vano” (PPP 16).

Esta labor supone hacer una transposición del “en aquel tiempo” al “hoy” de la comunidad celebrante. La Palabra siendo un texto antiguo contiene un proyecto de vida para nosotros hoy y para el futuro. Es la homilía la que ayuda a que esta comunidad conecte con la Palabra, a que la Palabra sea actual, se cumpla hoy y aquí e ilumine toda la vida de la comunidad.

La Palabra escrita de la Biblia se convierte en Palabra viva que se “encarna” en cada asamblea para la celebración. Con fuerza “profética”, la Palabra ilumina, juzga y discierne los hechos eclesiales y sociales, personales y comunitarios. El homileta recordando lo que dice Jesús, Pablo, Juan o Santiago, hace que la Palabra resuene en el corazón de los fieles con toda carga de estímulos, ánimo, juicio, condena, consuelo, esperanza y alegría.

Recojo a continuación telegráficamente algunas *actitudes* del homileta de cara a la comunidad:

- Ha de sentirse parte de la asamblea. No está sobre ella ni fuera de ella.
- Ha de conocer a la comunidad y su situación. Es el pastor de dicha comunidad.
- Ha de amar a esta comunidad concreta. Ha de amarla tal como es.
- Ha de saber ver en qué afecta la Palabra a la situación de esta comunidad. Hay que buscar los paralelismos entre la Palabra y la vida de la comunidad.
- Toda la vida queda interpelada por la Palabra.
- Exhortar a una respuesta de acogida de la Palabra.
- Hay una influencia mutua entre el predicador y la comunidad.
- Predicación a niños (decálogo).

3. *La mirada al rito sacramental.*

La homilía tiende a, a partir de la Palabra proclamada en las lecturas del día, a introducir a los fieles en la celebración sacramental (sacramento o sacramental), donde se actualiza hoy y aquí la Palabra eterna de Dios. La homilía se convierte en bisagra que ayuda a comprender la unidad íntima entre las dos partes de la celebración (Palabra y sacramento).

Como hemos indicado en varias ocasiones, Cristo está realmente presente en la Palabra, lo está también en

el sacramento de otra manera: actuando y comunicando la gracia sacramental mediante gestos y palabras. Tanto la Palabra bíblica como el sacramento forman parte de la única historia de la salvación. La palabra y el sacramento, siempre por la acción del Espíritu Santo, son dos modos progresivos de encuentro con Cristo, de comunión con Él. En la celebración hay un paso de la Palabra proclamada a la palabra sacramental. Entre las dos partes de la misa, la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística, único acto de culto (cf. *SC 56; EM 10*) está la homilía, lazo de conexión que facilita el “paso al rito sacramental”. El sacramento realiza de manera más intensa y con su lenguaje propio, la Palabra.

Lo dicho anteriormente se entiende mejor recurriendo a lo dicho a propósito de la doble Mesa, de la Palabra y del sacramento. Allí encuentran los fieles instrucción y alimento (OGMR 28), la “manducatio spiritualis” y “sacramentalis.

Entre Palabra y sacramento hay una relación dinámica: los fieles escuchan primero el mensaje de Dios y luego, en un clima de fe y oración, pasan a la celebración del signo sacramental. La Palabra ya tiene una fuerza sacramental (VD) y el Sacramento sigue siendo en cierto sentido palabra (= fórmula sacramental) y proclamación. Pablo en *1 Cor 11, 26* refiere al comer y beber eucarístico la realidad de proclamación cúltica (“katagelo”) de la muerte del

Señor. La Palabra y el sacramento están íntimamente relacionados. Y esta relación debe entenderse en el sentido de que en la Palabra y el sacramento está Cristo comunicándose, el Espíritu animando y la Iglesia celebrando. En la celebración litúrgica, la Palabra ya es eficaz, ya actúa la salvación de Dios. La Palabra ya es de alguna manera sacramento y el sacramento sigue siendo palabra. Se puede hablar de una progresión y encuentro creciente. Lo que ya ha efectuado la Palabra, el sacramento lo actúa con su propio lenguaje y eficacia. El sacramento es la palabra más eficaz: “Esto es mi Cuerpo”, “Yo te absuelvo”. La Palabra tiende al sacramento y allí encuentra su realización completa. San Agustín llama a la Palabra “signum audibile”, y al sacramento, “verbum visibile”. En la Palabra y el sacramento es el mismo Cristo Resucitado quien se nos da y nos comunica su vida.

La homilía está llamada a facilitar el “paso al rito sacramental”. La homilía resulta más fácil cuando se celebra un sacramento o sacramental. De hecho la Palabra proclamada siempre permite claras referencias a los sacramentos: del Bautismo, de la Confirmación, en orden al sacramento de la Penitencia, del Sacerdocio y del Matrimonio. En el caso de la Eucaristía, el sacramento central y culminante, siempre es fácil unir la Palabra a determinados aspectos del sacramento: al sacrificio de Cristo, al amor que en ella se nos muestra, a la ofrenda de Cristo, al Pan que se nos parte, a la unidad y comunión con Dios y los hermanos, a

las actitudes eucarísticas necesarias, etc. Además en otros momentos de la Misa puede “resonar” el mensaje de las lecturas: en el acto penitencial, la oración de los fieles, la introducción a la Plegaria eucarística o al Padrenuestro, etc.

3) La homilía en “*Sacramentum caritatis*” y “*Verbum Domini*”.

Nos detenemos ahora en dos documentos pontificios últimos que tratan el tema de la homilía con cierta amplitud y sintetizando lo dicho anteriormente. Se trata de dos Exhortaciones Apostólicas del Papa, recogiendo las aportaciones de ambos sínodos sobre la Eucaristía (22-II-2007) y de la Palabra de Dios (30-IX-2010).

1. *La Sacramentum Caritatis*.

En *Sca*. Se trata este tema en el n 46, en contexto de las dos mesas de la Palabra y el Cuerpo del Señor y más en concreto en el contexto de la Liturgia de la Palabra (nn 43-45). Leemos el n 46. Sintetizo sus contenidos:

-La importancia privilegiada de la Palabra de Dios (SC 24 “muy grande”) en la celebración litúrgica, exige “la *necesidad* de mejorar la calidad de la homilía”. *Debemos mejorar* la calidad de las homilías.

-La homilía “es parte de la acción litúrgica”. Es acción celebrativa, acto litúrgico. Supone la presencia-acción de Cristo y del Espíritu Santo.

- El *cometido* de la homilía es: “favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles”. La homilía es, medio privilegiado de ayuda a la penetración de la Palabra en la vida de los fieles. De aquí brotan las *consecuencias* pastorales “Por eso” ...

- “Los ministros ordenados han de <preparar la homilía con esmero, basándose en un conocimiento adecuado de la Sagrada Escritura”.

- “Han de *evitarse* homilías genéricas o abstractas”. *Conviene* que, “partiendo del leccionario trienal, se prediquen a los fieles homilías temáticas que, a lo largo del año litúrgico, traten los grandes temas de la fe cristiana, según lo que el Magisterio propone en los cuatro “pilares” del *Catecismo de la Iglesia Católica* y en su reciente *Compendio*...” Pero los temas están determinados por la Iglesia en las lecturas bíblicas que se proclaman cada día. Los temas brotan de allí.

- El Papa nos pide a los “ministros” *esforzarnos* “para que la homilía ponga la Palabra de Dios proclamada en estrecha relación con la celebración sacramental (SC 52) y con la vida de la comunidad”. “...la Palabra de Dios sea realmente sustento y vigor de la Iglesia” (DV21).

-*Tener presente*...” la finalidad catequética y exhortativa de la homilía”. La homilía siendo lo que es (celebrando) enseña y exhorta.

2. *La Verbum Domini.*

Lectura del n 59. El Papa trata este tema en el contexto inmediato de la Sagrada Escritura y el Leccionario y de la proclamación de la Palabra y ministerio del lectorado. En el conjunto el Papa concede una importancia grande a la homilía. Éstos son los contenidos principales sobre la homilía:

-Solo explican la Palabra “aquellos a quienes se encomienda este ministerio (Cf. OGMR n 8). Los obispos, presbíteros y diáconos.

-El Papa *recuerda ahora* lo que dijo en *Sca* n 46: sobre mejorar la calidad de la homilía; como parte de la acción litúrgica; el cometido de favorecer la mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios para los fieles.

-Y añade que “la homilía” actualiza el “mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida”. Una *primera gran afirmación*: “La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico”. El acontecimiento bíblico proclamado se hace actual. *Hoy y aquí se cumple aquella Palabra*. La homilía debe conducir a los fieles a descubrir, en el hoy de sus vidas, la presencia (la actualidad) y eficacia (“sacramentalidad”) de la Palabra de Dios. Mediante la homilía, los fieles se hacen contemporáneos a la Palabra proclamada. La Palabra proclamada tiene una fuerza sacramental.

-La homilía “debe apuntar a la comprensión del misterio que se celebra, invitar a la misión, disponiendo a la asamblea a la profesión de fe, a la oración universal y a la liturgia eucarística”. Expone así el Papa los distintos *cometidos u objetivos* de la homilía: misterio que se celebra, misión eclesial, disposición a la profesión de la fe, oración de los fieles y liturgia del sacramento. De aquí brotan las consecuencias (“Por consiguiente”):

-“...quienes por ministerio específico están encargados de la predicación han de tomarse muy en serio esta tarea”. Vivimos tiempos privilegiados para predicar. Hablamos fundamentados en Cristo, Verdad plena y en el Espíritu Santo, Fuerza de Dios, que nos conduce a la Verdad plena. De momento no nos persiguen y hay mucha gente que nos escucha. ¿Qué incluye el tomar la homilía en serio? ¿Qué preparación le dedicamos? ¿Oramos primero la Palabra que luego vamos a predicar? ¿Nos sale del corazón lo que decimos o lo decimos como un rollo sabido? ¿Nos preocupa el saber comunicar, que nos entiendan todos? El Sínodo *recomienda* hacerse las siguientes preguntas: “¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?

- Vuelve al Papa a las “homilías genéricas y abstractas” que se han de evitar. Estas ocultan “la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren

el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico”. La Palabra de Dios *es sencilla, es clara y comprensible*. Lo *realmente importante* es el centro del mensaje evangélico. Ese es el que debe llegar a los fieles. “Debe quedar claro a los fieles que lo que interesa al predicador es mostrar a Cristo...el centro de toda homilía”.

-*Consecuencia de lo anterior* es “que los predicadores tengan familiaridad y trato asiduo con el texto sagrado” (DV25). Esto supone: lectura asidua, estudio y oración sobre los textos; preparación para la homilía “mediante la meditación y la oración”, así predicarán “con convicción y pasión”.

- “El predicador tiene que <ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia”, pues como dice Agustín: “Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior” (*Sermo 179, 1: PL 38, 966*).

- Con especial atención se ha de cuidar “la homilía dominical y...de las solemnidades”. Además durante la semana, cuando sea posible en las misas *cum populo* no deje de ofrecerse “breves reflexiones apropiadas a la situación”. Esto ayudará “a los fieles a acoger y hacer fructífera la Palabra escuchada”.

ADMINISTRACIÓN DIOCESANA**Óbolo de San Pedro, año 2012**

Fecha	Parroquia	Arciprestazgo	Óbolo de San Pedro
02/07/2012	Carballiño, San Cibrao	Carballiño	305,00 €
11/07/2012	Xinzo de Limia, Sta. Mariña	Limia	279,36 €
12/07/2012	As Caldas, Santiago	Ourense Norte	265,82 €
06/07/2012	A Asunción da Nosa Señora	Ourense Este	150,00 €
02/07/2012	Campo, San Miguel	Terra de Aguiar	86,40 €
02/07/2012	Prexigueiró, San Salvador	Terra de Aguiar	74,80 €
10/07/2012	Paizás, San Salvador	Ramirás	54,08 €
06/07/2012	Pereda, Santa Baia	Cea	50,00 €
10/07/2012	Penosiños, San Andrés	Ramirás	49,55 €
10/07/2012	Freás de Eiras, Santa María	Ramirás	48,05 €
10/07/2012	Mosteiro de Ramirás, San Pedro	Ramirás	29,05 €
04/07/2012	Guamil, Santa María	Maceda	6,35 €
04/07/2012	Presqueira, San Martiño	Maceda	5,15 €
04/07/2012	Almoite, Santa María	Maceda	3,10 €
04/07/2012	Ambía, San Estebo	Maceda	2,50 €



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

JULIO

- Día 5:** Carmelitas Descalzas, oración por las vocaciones. Del 8 al 16 celebran la Novena en honor a la Virgen del Carmen.
- Día 8:** Jornada de responsabilidad en el Tráfico.
- Día 15:** El Sr. Obispo inaugura la nueva iglesia de O Regueiro. Monseñor Lemos visita además la parroquia de Santo Tomé de Maside, y preside por la tarde la procesión de la Virgen del Carmen en O Carballiño.
- Día 16:** Nuestra Señora del Carmen. El Sr. Obispo preside la procesión en la parroquia de la Santísima Trinidad y, a continuación, la Celebración Eucarística.
- Del 13-19:** Campamento Monagos en Porto do Son para monaguillos y niños de Catequesis de 9 a 15 años, que reciben la visita del Obispo de la Diócesis.
- Día 18:** Monseñor Lemos preside la Misa de 12 en Santa Mariña de Xinzo, el día del a fiesta de su patrona.
- Día 19:** El Obispo de la Diócesis se reúne en Allariz con los sacerdotes jóvenes que están continuando su formación teológica en el Instituto Compostelano ITC.
- Día 20:** El Sr. Obispo preside la clausura de la tanda de Ejercicios Espirituales para sacerdotes, que estuvo dirigida por Monseñor Atilano Rodríguez, Obispo de Sigüenza-Guadalajara, en el Santuario de Los Milagros.
- Del 20-30:** Campamento para niños y jóvenes del Seminario Menor de la Diócesis en Porto do Son.
- Día 25:** Santiago Apóstol, patrón de Galicia.
- Día 28:** El Obispo de la Diócesis preside el Encuentro con los misioneros diocesanos en el Santuario de Los Milagros.
- Día 29:** Jornada de los misioneros diocesanos.

AGOSTO

- Día 2:** Carmelitas Descalzas, oración por las vocaciones.

Monseñor Lemos preside la Celebración Eucarística en la residencia Virgen Blanca de la Fundación San Rosendo, el día de la fiesta de su patrona.

- Del 3-12:** Novenas en honor a Santa Clara, en el VIII Centenario de su consagración y de la Fundación de las Clarisas. Monseñor Lemos preside la Misa el día 11 en el convento de Allariz y el 12 en el de Vilar de Astrés.
- Día 4:** El Sr. Obispo preside la romería de San Francisco Blanco en O Tameirón.
- Día 5:** Monseñor Lemos inaugura la exposición Madre Teresa de Calcuta en la S.I. Catedral de Ourense.
- Del 5-11:** Campo de trabajo de Acción Católica de Ourense en residencias de las Hijas de la Caridad.
- Día 6:** Nombramiento y toma de posesión de los nuevos Vicarios y otros cargos de la Curia diocesana.
- Día 9:** El Sr. Obispo bendice, estando hospitalizado, una imagen del hermano Rafael para el monasterio de Oseira, que los propios monjes trasladan para que pueda bendecirla.
- Día 13:** El Sr. Vicario general preside el funeral de la Franciscana Misionera de la Madre del Divino Pastor, hna. Plácida Gómez Loeda, en la iglesia de la Veracruz (O Carballiño).
- Día 15:** Asunción de Nuestra Señora.
- Día 19:** Monseñor Lemos preside el funeral del sacerdote D. Gerardo Salgado Valdés, canónigo organista de la S. I. Catedral.
- Del 19-24:** Campamento de la Delegación de Infancia y el movimiento de Acción Católica en Valdoviño.
- Del 20-29:** La Diócesis de Ourense peregrina a Rumanía.
- Día 30:** Comienzan las Novenas en honor a la Santísima Virgen.

SEPTIEMBRE

- Días 1 y 2:** El Sr. Obispo preside la Misa de los jóvenes que peregrinaron durante la noche al Santuario de Nuestra Señora de Los Milagros el día 1, y la Misa de 12:00 el día 2.
- Día 3:** En la Casa diocesana de Ejercicios, Monseñor Lemos da la bienvenida a las religiosas Hijas de la Divina Providencia que se en-

cargarán a partir de ahora de la administración de esta institución diocesana, tras celebrar días antes un acto familiar de despedida a las Hnas. Misioneras del Divino Maestro que se habían ocupado de la Casa de Ejercicios durante los últimos 17 años.

- Día 6:** El Sr. Obispo preside el funeral de la hna. M^a Pilar de San Juan de la Cruz, primera priora de la fundación del Carmelo de Ourense en 1963, en el convento de las Carmelitas Descalzas en Vistahermosa.
- Monseñor Lemos preside la Misa, en la Novena en honor a la Virgen de Los Remedios, en la parroquia de María Auxiliadora.
- Día 7:** Reunión de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral con el Obispo de la Diócesis.
- El Sr. Obispo preside la Misa, en la Novena en honor a la Virgen de Los Remedios, en el santuario de Vilamaior (Verín).
- Día 8:** Natividad de la Virgen María. Monseñor Lemos preside la Misa, en la Novena en honor a la Virgen del Portal en Ribadavia.
- Días 8 y 9:** Retiro espiritual para jóvenes en el monasterio de San Pedro de Rocas organizado por el Movimiento de Acción Católica.
- Día 9:** El Sr. Obispo preside la Misa, en la Novena en el Santuario de la Armada.
- Día 10:** Monseñor Lemos preside el funeral del sacerdote D. José Álvarez Arias, canónigo magistral de la S. I. Catedral, y el funeral del sacerdote D. Alfredo Suárez Fernández en la iglesia parroquial de Verín.
- Del 10-12:** Los sacerdotes de Ourense participan en las jornadas de Formación Permanente del Clero de Galicia en el monasterio de Poio, a donde llegan acompañados por el Obispo de la Diócesis.
- Día 13:** Monseñor Lemos preside la Misa y bendice la reforma en la capilla de la Casa Sacerdotal.
- Día 15:** Virgen de los Dolores. Fiesta en el santuario de Nuestra Señora del Cristal en Vilanova dos Infantes.
- Elección de la nueva priora de las Carmelitas Descalzas de Ourense, Madre Clara Pilar de la Eucaristía.
- Reunión de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo en Ferrol.
- Día 16:** El Obispo de Ourense acude a la celebración de la fiesta de Santa Eufemia de Calheiros, parroquia que recibió de la Diócesis de

- Ourense parte de las reliquias de la Santa, como ofrenda, en el año 2009, en la S. I. Catedral.
- Día 17:** Comienza el nuevo curso académico en el Seminario Menor.
- Día 20:** El Sr. Obispo preside el claustro de comienzo de curso en el Instituto Teológico “Divino Maestro”.
La Delegación de Misiones presenta su programación en el Colegio La Purísima.
- Día 22:** Monseñor Lemos preside el cursillo de animadores bíblicos a las 10:00 horas en el Seminario Mayor.
- Día 23:** El Sr. Obispo preside la Misa en honor a la Virgen de la Saleta en Cea.
El Sr. Obispo preside en Moreiras la toma de posesión del nuevo párroco.
- Día 24:** Nuestra Señora de la Merced. Los internos del centro penitenciario de Pereiro de Aguiar celebran la fiesta de su patrona con una Misa presidida por el Obispo de la Diócesis.
- Día 26:** Reunión del Colegio de Arciprestes, presididos por el Sr. Obispo.
- Del 26-29:** Formación para catequistas y profesores de Religión en el salón Padre Feijóo del Obispado de 19:00 a 21:00 horas entre semana y de 10:00 a 14:00 horas el sábado. Ofrece las conferencias el Obispo de Ciudad Rodrigo, Monseñor Raúl Berzosa.
- Día 27:** El Sr. Obispo se reúne con el Consejo Presbiteral.
- Día 28:** Monseñor Lemos preside el acto de envío de catequistas y profesores de Religión en la iglesia de Santa María Nai.
- Día 29:** El Sr. Obispo preside la Misa en el centro de Cornoces de la Fundación San Rosendo.
- Día 30:** Monseñor Lemos preside la toma de posesión del nuevo párroco de Bande y, por la tarde, del nuevo párroco de Oimbra.



DIÓCESIS
DE OVRENSE
